François Plaine

# LOS PRETENDIDOS TERRORES DEL AÑO MIL

CLÁSICOS DE HISTORIA 532

*FRANÇOIS PLAINE*

# LOS PRETENDIDOS TERRORES DEL AÑO MIL

*Les prétendues terreurs de l’an mille*
Revue des questions historiques (tome treizième)
París, 1er janvier 1873
Pág. 145-164
https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k16931c

Traducción y selección de textos anejos
por José Javier Martínez

CLÁSICOS DE HISTORIA 532

# ÍNDICE

# PRESENTACIÓN

La creencia en el fin del mundo es un lugar común en muchas civilizaciones, quizás como mera consecuencia del hecho, fácilmente constatable, de que todas las cosas caducan. Y por lo general, se asocia ese futurible con grandes catástrofes naturales y humanas. Tampoco ha sido infrecuente el anuncio de la inminencia de dicho evento, con más o menos seguidores fanatizados, pero siempre con el mismo nulo acierto. Esto mismo, pero a una escala muy superior es lo que, durante mucho tiempo, se sostuvo que ocurrió en el año 1000 de nuestra era.

En 1503 el importante humanista alemán Johannes Trithemius concluyó la redacción de unos anales y crónica del monasterio de Hirsau. Allí relaciona ciertas catástrofes naturales del año 1000 con la creencia en un próximo fin del mundo que había anunciado un clérigo cuarenta años antes. Sin embargo, no parece que ni la profecía ni el texto tuvieran un difusión apreciable.

Fue el cardenal César Baronio (1538-1607) en su monumental obra *Anales Eclesiásticos*, ingente recolección y crítica de cuantas fuentes alcanza, el que tomará la sugestión anterior y la convertirá en un auténtico fenómeno de masas, que se habría «difundido por todo el mundo, creído por muchos, aceptado con temor por los más simples, pero rechazado por los más doctos.»

Poco después Jacques Le Vasseur, en una obra de carácter local publicada en 1633, ya acude al mito del año 1000 para explicar el ímpetu constructivo que, a su parecer, se inicia con el inicio del siglo XI. Y la presunción se mantendrá durante muchos años. Así, en 1769, le servirá al ilustrado William Robertson para explicar el origen de las cruzadas...

Pero el relato de los omnímodos terrores del año mil alcanzará su estado definitivo a principios del siglo XIX, por la yuxtaposición de liberalismo y romanticismo, aliñado con un patente anticlericalismo. En 1822 Simonde de Sismondi, en su *Historia de la caída del Imperio Romano*, describe con patetismo la supuesta parálisis absoluta en la que se sumió Europa: «todo trabajo corporal o espiritual perdió su sentido.» Y Jules Michelet presenta la supuesta psicosis colectiva del año 1000 como un hecho probado en su pletórica *Historia de Francia* (1833).

Pero también desde el ámbito católico se acepta la leyenda, como hace en 1846 la influyente, extensa y muy traducida *Historia Universal* de César Cantú. Sin embargo, también se plantean ciertas críticas: por ejemplo poniendo de manifiesto el enorme número de programas constructivos y fundaciones diversas que se llevan a cabo en la segunda mitad del siglo X, cuando supuestamente el mundo se ha paralizado.

Pues bien, el benedictino François Plaine puso punto final en el ámbito académico (en la cultura popular es otra cuestión) a este mito en 1873, por medio de un artículo con el que pretende «averiguar de buena fe qué ocurre con esta consternación general, con este pánico universal que se atribuye a la generación de la segunda mitad del siglo X. ¿Fueron los hombres de esta época, sí o no, sus víctimas? En otras palabras, ¿la opinión sobre los terrores supersticiosos del año 1000 tiene alguna base sólida que se apoye en los testimonios de autores de esa época? ¿Se basa en algún documento digno de ser tenido en cuenta, o este sentimiento sólo habría quedado acreditado en una fecha muy posterior al hecho mismo, por ejemplo, alrededor del siglo XVI? ¿No tendrá por base únicamente conjeturas engañosas e hipótesis sin demostrar?»

Y resuelve la cuestión por el simple método de confrontar las fuentes en que dicen apoyarse Sismonde y Michelet, con lo que realmente dicen dichas fuentes. Y observa que ningún autor aludió a un terror generalizado por un supuesto y próximo fin del mundo, antes de que lo manifestara así Baronio. Y tampoco demuestra nada el hecho de que el final del siglo X esté repleto de acontecimientos variados, guerras, destronamientos, triunfos y derrotas; o de que se produzcan

hambrunas, terremotos y otras catástrofes naturales; todo esto es, en resumidas cuentas, lo mismo que ocurre en cualquier otra época, la nuestra por ejemplo.

El benedictino François Plaine (1833-1900) fue un prolífico medievalista que se ocupó especialmente de la Bretaña francesa. Le interesaron las hagiografías alto medievales, la llamada guerra de sucesión (inmersa en la de los Cien Años), el duque Carlos de Blois, la colonización de la vieja Armórica por los bretones… Residió en los monasterios de Solesmes y de Ligugé, hasta que en 1881, exclaustrado por los decretos anticlericales de la tercera República, se estableció en España, en el monasterio de Santo Domingo de Silos.

Presentamos la traducción de *Les prétendues terreurs de l'an mille*, acompañada de una selección de textos diversos de los autores que sostuvieron el mito, y de aquellos en los que éstos quisieron fundamentarse. Para saber más se puede acudir al artículo del profesor Eloy Benito Ruano, titulado *El mito histórico del año mil* (1999)

# FRANÇOIS PLAINE

# *LOS PRETENDIDOS TERRORES DEL AÑO MIL*

## I.
## [Planteamiento de la cuestión]

Uno de los hechos aceptados por la generalidad en el mundo (hablo de los que practican la lectura) es que, a medida que se aproximaba el año 1000 de la Encarnación, la creencia en la consumación inminente y definitiva de todas las cosas preocupaba y atemorizaba en gran manera a todas las gentes.

En efecto, esta opinión a la que me refiero está recogida desde hace unos tres siglos no sólo en numerosos libros de literatura y novelas, un tipo de escritura en la que, como todo el mundo sabe, el error se mezcla con demasiada frecuencia con la verdad, pero incluso en un gran número de las obras más serias, de arte, de ciencia, de erudición y de historia.[1]

Ciertos escritores, partidarios acérrimos de esta opinión, la han llevado incluso a límites tan extremados que han llegado a deducir de ella las consecuencias más desfavorables sobre el estado intelectual y social de una gran porción de la familia humana. «Asusta pensar —nos dice uno de estos últimos, el señor de Sismondi[2]— en el estado de desorganización de la sociedad al que le arrojó la creencia en la proximidad inminente del fin del mundo. Toda la población se encontraba en la situación espiritual de un condenado que ha recibido su sentencia. *Todo trabajo corporal o espiritual perdió su sentido*.»

El señor Michelet se hace eco del autor de la *Historia de la caída del Imperio Romano* y nos dice a su vez: «Este lamentable mundo del siglo X no tenía ninguna esperanza después de tantas ruinas.» Luego, desarrollando su argumento, y sin temor a contradecirse, sugiere que esta generación, sin embargo, tenía un poco de esperanza en el fondo de su corazón, pero, ¡ay! ¡qué esperanza! Oigámosle de nuevo: «El cautivo —nos dice— esperaba en su oscuro calabozo, el siervo esperaba en la labranza, el monje esperaba entre las abstinencias del claustro, (y todos ponían) la temerosa esperanza en el juicio final.»[3]

Podría añadir muchos detalles a este panorama ya de por sí tan oscuro, tomando prestadas otras citas de otros historiadores y literatos de nuestro tiempo; pero ¿para qué repetir lo mismo una y otra vez? Es preferible abordar inmediatamente el tema de esta obra y averiguar de buena fe qué ocurre con esta consternación general, con este pánico universal que se atribuye a la generación de la segunda mitad del siglo X. ¿Fueron los hombres de esta época, sí o no, sus víctimas? En otras palabras, ¿la opinión sobre los terrores supersticiosos del año 1000 tiene alguna base sólida que se apoye en los testimonios de autores de esa época? ¿Se basa en algún documento digno de ser tenido en cuenta, o este sentimiento sólo habría quedado acreditado en una fecha muy posterior al hecho mismo, por ejemplo, alrededor del siglo XVI? ¿No tendrá por base únicamente conjeturas engañosas e hipótesis sin demostrar?

---

1 Baronius: *Annales Ecclesiastici, ad ann. 1001*, n$^{os}$ I y sig.; *Histoire littéraire de la France*, t. VI, prefacio, p. 11; *Histoire de l'Église gallicane*, edición *in-12*, t. VII, p. 206.—M. de Gaumont: *Abécédaire d'Archéologie*, p. 42.—M. de l'Escalopier: *Préface sur l'ouvrage de Théophile*, p. 1.—M. Ampère: *Histoire littéraire de la France*, t. III, p. 273 y sig., etc., etc.

2 De Sismondi: *De la chute de l'Empire romain*, t. III, p. 397 y 398 (París, 1835).

3 Michelet: *Histoire de France*, t. II, p. 132 (París, 1835).

Ésta es la cuestión sobre la que intentaré arrojar algo de luz volviendo a las fuentes, es decir a los escritores y documentos de la misma época.

La importancia del tema no se le escapará a nadie. En efecto, es algo muy grave acusar a toda una generación de haber sido víctima del error y la superstición. Por tanto, un corazón generoso no puede suscribir alegremente la condena de aquellos que, después de todo, son sus antepasados, a menos que las pruebas en las que se basa tal acusación estén revestidas de una autoridad irrefutable.

¿En qué situación estamos al respecto actualmente? ¿Cómo se expresaban, qué opinaban los escritores contemporáneos a los pretendidos terrores del año 1000? En segundo lugar, ¿los argumentos de los partidarios de esta cuestión pueden soportar el examen de una crítica justa?

Finalmente, el estudio particular y detallado de este año 1000, tan memorable en los fastos de la humanidad, deja lugar a dudas e incertidumbre sobre la situación moral e intelectual de los hombres que ocupaban entonces el escenario del mundo. Éstos son los tres problemas particulares que intentaré resolver uno tras otro, y cuya solución parcial no dejará ninguna duda, me atrevo a esperar, sobre la manera de resolver la propia cuestión general.

Y antes que nada, debo afirmar que la opinión sobre los terrores del año 1000 tiene en su contra el hecho de que es muy reciente. Aunque no haya nacido ayer, puede remontarse sólo a principios del siglo XVI, pero no más allá. De hecho, ni Hermann Contract (1034)[4], ni Sigebert de Gembloux (1119)[5] ni Vincent de Beauvais (1270)[6], el primer enciclopedista, ni siquiera Rollevinck (1480)[7], por no hablar de cien nombres más, hicieron mención de estos terrores supersticiosos de finales del siglo X. Hay que llegar a Tritheim[8], al menos que yo sepa, para encontrar la expresión de este sentimiento. Sin embargo, cinco siglos separan a este autor del año 1000, lo que ya parece más que suficiente para albergar legítimas dudas sobre la veracidad de su afirmación. Pero, para que esto quede más claro, comencemos a examinar las cuestiones subsidiarias que prometí abordar.

## II.
## [Testimonios contemporáneos]

Comenzaré interrogando a los analistas contemporáneos, aquellos que escribieron aproximadamente desde el año 1000 hasta el año 1050. Sus palabras deben considerarse, sin duda, como el eco más fiel que nos ha llegado del estado de ánimo y de la mentalidad de esa época. Si, pues, ese milésimo año, tan funesto según cierta opinión, no tiene este carácter a sus propios ojos, si nada, a su juicio, lo distingue de los años que le precedieron y de los que siguieron, ¿no tendremos que afirmar que la verdad está de su lado, la mixtificación y el error en el de los modernos? Ahora bien, abrid sus anales, hojead sus escritos, no encontraréis allí ni una palabra que pueda autorizar la suposición bastante gratuita de estos últimos. Italianos, alemanes, franceses, ingleses, todos, excepto Raoul Glaber de Cluny, cuyo verdadero significado explicaré pronto, son unánimes en este punto. Es imposible encontrar en sus textos la menor alusión a los terrores supersticiosos del año 1000.

Algunas citas son imprescindibles.

Escuchemos primero a John Diacre, que escribió hacia el año 1010, decirnos en su lenguaje lacónico pero muy expresivo: «En el año 1000, el emperador Otón, preparándose para pasar por tercera vez a Italia, quiso hacerlo cruzando los abismos del gran Lago de Como.»[9] Los terrores de

---

4 *Chronica,* apud Pertz y Migne.

5 *Ibid*.

6 *Spéculum quadruplex historiale,* t. IV, lib. XXIV, cap. 107.

7 *Fasciculus temporum*. col. 1483.

8 *Annales Hirsaugienses*, t. I. p. 143, anno 1000: «Homines metuebant instare diem novissimum.»

este año fatal no habían sofocado la ambición del príncipe alemán ni congelado la sangre de sus soldados.

Los analistas alemanes no sospechaban lo que se diría después de ellos en referencia a los terrores del año 1000. Podemos convencernos de ello fácilmente recorriendo atentamente sus crónicas[10]. Uno de ellos, Thietmar de Mersbourg (1018), va más allá y no duda en llamar al año 1000 un año de gloria y de luz. En efecto, nos dice: «Cuando llegó el año mil desde el parto salvador de la Virgen sin mancha, vimos una mañana radiante brillar sobre el mundo.»[11]

Los analistas ingleses también nos dicen sin rodeos que el año 1000 no fue para su país un año de inacción y letargo, ya que los daneses que se habían refugiado en Normandía armaron entonces una formidable flota que causó, al año siguiente, muchos males a Inglaterra[12].

En cuanto a los cronistas franceses, se expresan del mismo modo que los de Alemania, Inglaterra e Italia. Es en vano buscar en Aimoin de Fleury (1010)[13], en Odoran de Sens (1020)[14], en Adhemar de Chabannes (1030)[15] y en los demás cronistas de la misma época la más mínima alusión a los terrores supersticiosos que nos ocupan.

El primero califica formalmente de memorable a este milésimo año, pero nos dice a continuación que lo fue en el monasterio de Fleury a causa de la recuperación de las tierras y del castillo de Brosse, de los que antes habían sido despojados los pacíficos hijos de San Benito por la injusticia y la violencia[16].

Las otras crónicas sólo mencionan en las proximidades del año 1000 luchas feudales o acontecimientos similares. Ahora bien, pregunto confiadamente, sostener guerras, perder y recuperar ciudades, realizar largos viajes, y cien hechos semejantes, ¿son cosas compatibles con aquel *cese absoluto de todo trabajo corporal y espiritual*, del que nos habló más arriba el señor de Sismondi?

Si ahora repasamos la vida privada de los personajes más famosos de esta época (950-1040), el resultado será el mismo. Puedo citar, entre otros, el de san Mayeul, abad de Cluny[17] (993), los de la emperatriz santa Adelaida (999)[18], del beato Abbón de Fleury (1004)[19], y de S. Bernward, obispo de Hildesheim[20]. Escritas entre el año 1000 y el año 1040 por los hombres más cultos de la época y más veraces en sus testimonios, sólo pueden inspirar la mayor confianza. Ahora bien, sería imposible encontrar la más mínima alusión a los terrores del año fatal, y su silencio sobre esta cuestión se convierte, si no me equivoco, en un argumento muy elocuente contra la opinión que aquí combatimos.

Lo mismo habría que decir del silencio que guarda el biógrafo del piadoso Roberto, rey de Francia[21]; porque el reinado de este príncipe (997-1031) coincide precisamente con la fecha

9 «Anno 1000 Otho imperator ad Italicum regnum tertio repetere disponens per vasti Cumani lacus gurgites adire voluit.» *Chronicon Venettum et Gradense*, apud Pertz et Muratori.

10 Cf. Pertz: *Monumenta Germanica*, t. III, p. 72-90. En este tomo encontramos unidas cuatro crónicas del mismo tiempo: *Annales Quedlimburgenscs, Hildesheimenses, Weissemburgenses et Aschafnaburgenses.*

11 «Post salutiferum intemeratæ Virginis partum, consummata millenarii numeri linea, clarum mane illuxit saeculo.» Thietmarus Mersburgensis: *Annales sui temporis*, apud Pertz, t. V, p. 725-871.

12 Cf. Rapin Thoyras, t. I, p. 388.

13 *Annales Franc.*, apud Du Chesne, Bouquet, Pertz. Migne.

14 *Chronica S. Petri Senon., ibid.*

15 *Chronica Ademari*, apud Pertz, t. IV, p. 106, Migne, etc.

16 «Castrum Brociæ favore S. Benedicti fuit receptum nostrisque redditum, anno Incarnationis Dominicæ millesimo.» Aimon, Floriac, *de Miraculis S. Benedicti*, lib. II, n° 16 circa finem.

17 *Acta SS. O. S. B.*, sæc. V, p. 739.

18 *Bibliotheca Cluniac.*, p. 351.

19 *Acta SS. O. S. B.*, sæc. VI, pars prima, p. 44.

20 *Acta SS. Bollandian.*, t. XI, oct. ad diem 26 oct., p. 996.

21 Helgaudus: *Vita Roberti Regis*, apud Du Chesne, Bouquet y Pertz.

memorable que es objeto de esta obra. En consecuencia, los terrores supersticiosos del año 1000 deberían haber desempeñado un papel muy marcado en su existencia, si hubieran tenido alguna realidad.

Vemos, pues, que los autores y documentos contemporáneos están muy lejos de favorecer la opinión que hoy encuentra tantos partidarios, quizás más ardientes que ilustrados. Hay que admitir que los señores Michelet y de Sismondi han aducido nombres e invocado autoridades en apoyo de su planteamiento. Por lo tanto, será oportuno llamar la atención del lector sobre el valor de estos testimonios, investigar si los padres del Concilio de Trosly, si el autor del libro del *Anticristo*, si el abad mártir Abbon, y finalmente si los cronistas Godwell y Raoul Glaber han dicho y expresado lo que con tanta complacencia se les atribuye[22]. Esto significa claramente que, después de haber sentado las primeras bases de mi manifestación, abordaré ahora el capítulo de las dificultades planteadas por el partido contrario. Ahora bien, estas dificultades, si no me equivoco, no son las más graves y no resistirán una crítica ilustrada e imparcial.

Y en primer lugar, aquí está el pasaje del Concilio de Trosly (909), que hizo suponer al señor Michelet que *los hombres del siglo X no tenían otra esperanza en su terrible desgracia que la terrible esperanza en el juicio final*:

«Para nosotros que tenemos el oficio de obispo —dice—, el peso del encargo pastoral se nos hace insoportable, al ver aproximarse el momento de dar cuenta de la misión que se nos ha confiado y del provecho que hemos llevado a cabo. Pronto se verá llegar el día majestuoso y terrible en que todos los pastores se presentarán con sus rebaños ante el Supremo Pastor.»[23]

Realmente, hace falta mucha buena voluntad para ver en el texto de esta exhortación moral la prueba de que el orador Herivee, arzobispo de Reims, temía al igual que sus colegas la proximidad del año 1000 como fecha fatal del fin de todas las cosas.

¿No encontraríamos pasajes similares en Bossuet y Bourdaloue, o más bien en los moralistas y sermoneadores de todos los tiempos y de todos los lugares? Además, no hay evidencia de que haya una alusión directa al año 1000 en el supuesto pasaje, ya que el hablante no articula ninguna fecha formal.

Por último, el Concilio de Trosly se celebró en el año 909, por lo tanto 90 años antes de que expirara la fecha fatal y si a partir de entonces todo trabajo del cuerpo y del espíritu debía cesar, hay que admitir que los hombres de esta generación acudieron al mejor medio para provocar la pronta y completa destrucción de su raza. ¿Pero no basta con enunciar tales proposiciones para establecer que son contrarias a la sana lógica y, por tanto, inadmisibles? Por tanto, el texto del Concilio de Trosly no prueba absolutamente nada sobre el tema que nos ocupa.

Si nos adentramos más en el siglo X, nos encontramos con el *Libellus de Antichristo*, compuesto hacia el año 954. Los partidarios de los terrores del año 1000 pretenden utilizarlo, desde hace más de un siglo, como arma a favor de su opinión, pero a pesar del respeto que profeso a unos escritores justamente estimados[24], afirmaré con rotundidad que este folleto no fue escrito con la intención que se le quiere atribuir a su autor. De hecho, este libro no pretende en modo alguno destruir una supuesta creencia popular que habría hecho parecer inminente la venida del Anticristo. No hay duda posible al respecto; porque el autor, Adson, abad de Montiérender (Mons-Dervense) en Champaña, se explica a este respecto de manera bastante categórica, ya sea en el prefacio o en el cuerpo de la obra, como para que no le atribuyamos otras intenciones que las que él mismo afirma. Por lo tanto, declara a la reina de Francia Gerberge, a quien dedica su libro, que todo su propósito es

22 Cf. Michelet, *loco citato*.

23 «Nobis ergo, qui censemur episcopi, maxima et prope importabilis incumbit sarcina pastoralis offlcii, dum instat reddenda ratio negotii, nobis commissi cum exactione lucri et dum jamjamque adventus illius in majestate terribilis (dies) ubi omnes cum gregibus suis venient pastores in conspectum Pastoris Supremi.» *Concil. Trosleianum anno 909 habitum*, ap. Labbe et Mansi.

24 Me refiero a los autores del t. VI de l'*Histoire littéraire de la France*, préface. n[os] XIII et XIV.

satisfacer el fuerte deseo que ella le expresó de escudriñar las Escrituras. En consecuencia, le hablará de un punto bastante oscuro de nuestra fe, a saber, el Anticristo, su impiedad y las características por las que podremos reconocerlo fácilmente cuando aparezca[25]. Continúa en el mismo tono y desarrolla sus pensamientos, sin pretender nunca instruir a la multitud, sino sólo a un particular, sin adoptar en modo alguno la apariencia de un polemista que quiere derribar un error profundamente arraigado, sino que se contenta con una simple exposición doctrinal, libre de cualquier discusión.

Sus últimas palabras son para advertir a la piadosa reina que la hora del juicio final sólo la conoce Dios[26]. Era ésta la mejor ocasión para combatir abiertamente esa supuesta creencia errónea del pueblo y de sus falsos maestros, ya que estos últimos, afirmando audazmente haber penetrado en los secretos del Altísimo, se atrevieron a sugerir que el año 1000 vería la ruina y la destrucción final de todas las cosas. Si nuestro autor cuidó de no hacerlo, ¿no estamos obligados a concluir que esta creencia llamada popular es sólo un mito, o al menos que no encontró seguidores en Champaña y en las provincias vecinas, en la época en la que el abad de Montiérender se ocupaba, de manera tan elocuente, sobre el Anticristo y los males que iba a causar en el mundo?

Vemos así cómo los argumentos de nuestros adversarios se vuelven contra ellos mismos y sirven para socavar su sistema histórico.

Se aduce también la obra de dos visionarios, uno parisino[27] y otro turingio[28], que hacia el año 960 anunciaron positivamente el inminente fin del mundo. ¿Pero qué prueba esto? ¿No ha habido iluminados en todos los períodos de la historia? ¿Nos asombraremos de que las ideas más excéntricas hayan brotado de sus cerebros enfermos? Para que la aparición de estos extraños predicadores tenga alguna importancia, habría que demostrar que formaron una escuela, que dejaron discípulos, tan fervientes en mantener su perversa doctrina como celosos en su propagación, pero esto es lo que nadie ha intentado hacer hasta ahora. Incluso podemos agregar que nadie lo intentará en el futuro porque faltarían por completo documentos que sustentaran tan arriesgada tesis. Esto es especialmente cierto para nuestro visionario parisino, como se comprueba por el comportamiento que, en esta circunstancia, adoptó Abbon, el futuro abad de Fleury. Nos lo cuenta él mismo[29]. En efecto, este personaje estaba en la primera juventud cuando el vidente del que hablamos empezó a anunciar públicamente, en un púlpito de París, que el Anticristo aparecería a finales del año 1000, y que su venida precedería pronto al juicio universal.

Los pocos años de Abbon no le impidieron combatir con celo tan detestable error. Entonces se puso a demostrar su falsedad, con la ayuda de los santos Evangelios, del Apocalipsis y del libro de Daniel[30], en lo que tuvo pleno éxito.

---

25 *Adsonis lib. de Antichristo*, apud Migne, l. CI, col. 1291. «Quia pium studium, domina mater, habetis Scripturas audire et frequenter loqui de nostro Redemptore sive etiam scire de Antichristi impietate et persecutione necnon et potestate ejus et generatione volui aliqua vobis scribere de Antichristo, etc.»

26 «Arbitror quod nullus sit qui sciat quantum temporis existat inter Antichristum et Judicium, sed in dispensatione Dei manet, qui judicabit sæculum, ea hora qua præfixit esse judicandum ante sæcula.» *Ibid*., r. 1298.

27 Abbo.: *Apologeticum*, véase más abajo el texto completo..

28 Trith. *Chronica Hirsaug*., p. 103. «Anno 960 comparuit in conventu Principum apud Herbipolim civitatem presbyter quidam, in finibus Thuringorum ermita, nomine Bernhardus. Hic suo alienove spiritu illusus, nescimus, diem jamjam imminere dicebat extremum, et mundum in brevi consummandum, idque sibi a Deo revelatum constanter affirmabat. Credebant alii hunc esse vatem divinum, alii vero ut hominem vel cerebro destructum vel arrogantia plenum irridebant.»

29 «De fine quoque mundi coram populo sermonem in Ecclesia Parisiorum adolescentulus audiu quod statim finito mille annorum numero Antichristus adveniret et non longo post tempore universale judicium succederet.» *Abbonis Apologeticum*, apud Migne, Patrol. lat., t. CXXXIX. c. 462.

30 «Cui prædicationi et Evangeliis ac Apocalypsi et libro Danielis, qua potui virtute, restiti.» *Ibid.*

Unos años más tarde (hacia 975)[31] nuestro joven médico, que se hizo monje de Fleury, desplegó la misma actividad para combatir otro error que tenía cierta analogía con el anterior, pero con el que, sin embargo, nos equivocaríamos al confundirla[32]. Consistía en esto: Los habitantes de la Lorena se habían convencido de una idea de lo más extravagante; imaginaban que el fin del mundo estaría determinado por la coincidencia del Viernes Santo con la fiesta de la Anunciación. Nada es más absurdo a primera vista que esta opinión; porque, por esta regla, el mundo no podría haber existido ni siquiera un siglo después de Jesucristo. Sin embargo, había encontrado el favor de un gran número de mentes crédulas y fácilmente persuadidas. Sin embargo, afortunadamente Abbon consigue, esta vez también, extirparlo de las mentes y de los corazones, para un mayor triunfo de la verdad[33].

Estos últimos datos que acabo de enumerar son propios del siglo X, pero aún hoy encontraríamos otros análogos. Prueban sin duda que el error de que se trata en estas páginas realmente procuró extenderse; por otra parte, de ello se sigue que sólo afectó a un pequeño número de cabezas débiles o ávidas de lo maravilloso.

De lo contrario, ¿cómo se podría explicar que después de estas admirables pruebas de celo por la pureza de la fe, el abad de Fleury guardara un silencio culpable en los días en los que el veneno de esta falsa doctrina se extendía por todas partes y causaba más daño que antes, si se admitiera como cierta la hipótesis de nuestros adversarios? ¿Se habría convertido Abbón en consejero de los reyes, legado de los Papas y, además, en el más ardiente promotor de la reforma de los abusos para luego pactar cobardemente, dadas las circunstancias, con los seguidores de la superstición? No podemos aceptar tal suposición. La cuestión se resuelve de antemano en sentido negativo, si se plantea la duda. En consecuencia, se puede afirmar que los esfuerzos realizados en Alemania, París y Lorena por los predicadores del error, quedaron sin resultados al menos aparentemente. Lo que nos lleva a afirmar que estos apóstoles de la mentira no habían sembrado en las poblaciones ninguna semilla de estos terrores supersticiosos que los señores de Sismondi y Michelet han descrito antes con tanto énfasis. Así, el testimonio de Abbón, debidamente explicado y en su verdadero sentido, no puede servir de apoyo a la opinión de los terrores del año 1000; por el contrario, se convierte en su rechazo explícito.

Digamos unas palabras ahora sobre un texto de la *Crónica* del monje Godwell, antes de atacar a nuestros adversarios en lo que consideran su trinchera más fuerte.

El señor Michelet no temió apoyar su tesis en el siguiente pasaje de un cronista lemosín del siglo XIII: «En el año 1010, un rumor se extendió por gran parte del mundo, y rebosaron muchos espíritus de tristeza y miedo. Se sospechaba que se acercaba el fin del mundo. Los que tenían más sabiduría aprovecharon este saludable consejo para enmendar sus vidas.»[34]

Es preciso admitir que el hecho de invocar tales pruebas demuestra una carencia de argumentos sólidos, porque el autor citado está lejos de ser contemporáneo, siendo así que escribe más tarde del año 1224. Y por otra parte, si los habitantes del Lemosín esperaron hasta el año 1010 para comenzar a temer la proximidad del fin del mundo, es obvio que los terrores del año 1000, los únicos a los que se alude actualmente, apenas les habían preocupado.

---

31 Esta fecha viene determinada porque Abbón dice que actuó por orden de su abad Ricardo, de feliz memoria. Y Ricardo gobernó la abadía de Fleury aproximadamente desde 961 hasta 975.

32 Los autores de la *Histoire littéraire de la France* han cometido ese despiste. Véase su t. VI, p. 11.

33 «Errorem, qui de fine mundi inolevit, Abbas meus beatæ memoriæ Richardus *sagaci animo propulit* postquam litteras à Lothariensibus accepit, quibus me respondere jussit. Nam fama pene totum mundum impleverat, quod, quando Annuntiatio Dominica in Parasceve contigisset absque ullo scrupulo finis sæculi adesset.» Abbo, *Apologeticum*.

34 «Anno D. 1010 in multis locis tali rumore audito, timor, et mœror corda plurimorum occupavit et suspicati sunt finem sæculi adesse. Sanioris animi quique de vitæ suæ correctione studuerunt, salubriori consilio utentes.» Will. Godwellus. *Monach. Lemovic.*, apud D. Bouquet, t. X, p. 262.

## III
## [El caso de Raúl Glaber]

Pasemos ahora al famoso texto de Raoul Glaber, tantas veces citado en la controversia actual, como testimonio de una autoridad que no admite réplica[35]. Aquí está, en su contenido literal, el pasaje aludido del cronista de Cluny: «En el año 1030, relata este autor, sucedió que en todo el universo, principalmente en Francia e Italia, se comenzó a reconstruir las fábricas de las iglesias, sin excluir aquellas que no lo necesitaban, estando sólidamente construidas; pero cada nación cristiana aspiraba al honor de tener la más bella de todas. Era como si el mundo, sacudiéndose y despojándose de sus viejos harapos, hubiera venido a vestirse con el manto blanco de las iglesias renovadas.»[36]

Unas páginas después, nuestro analista vuelve a la misma idea para decirnos «que un gran número de cuerpos santos fueron descubiertos cuando la faz del mundo había sido renovada por la construcción de nuevas iglesias.»[37]

Estos son los dos pasajes en los que se apoyan, con una insistencia sorprendente, para establecer que los hombres de la segunda mitad del siglo X fueron las tristes víctimas del error y la superstición. Y de ello se concluye que languidecían miserablemente, entorpecidos e inertes, *sin otra esperanza que la terrible esperanza que constituía el juicio final, y rechazando por completo cualquier trabajo corporal o espiritual, como si no tuviera ya ningún objeto.*

Me parece, salvo mejor opinión, que esta conclusión terminante no tiene más que una relación muy indirecta con las premisas de las que se pretende derivarla; por lo tanto, en buena lógica, el argumento no se sostiene. Una cosa es, de hecho, el afirmar que hubo a principios del siglo XI una renovación del arte arquitectónico[38], e incluso un cierto rejuvenecimiento del mundo; y otra cosa, determinar la causa efectiva o meramente casual.

Puesto que se contentó Raoul Glaber con señalar un hecho observado por él mismo, tomemos nota de sus palabras y limitémonos a ello; ir más allá sería una presunción y una temeridad imperdonables. Supongamos, por ejemplo, que esta maravillosa transformación se hubiera hecho necesaria debido a la inacción de años anteriores; supongamos entonces que esta misma inacción hubiera sido el resultado de un pánico universal y supersticioso. Suponer, finalmente, que este pánico mismo tuviera como única causa la proximidad del año 1000, sería formular tres afirmaciones igualmente arriesgadas, sin fundamento, puramente gratuitas. Los adversarios contra los que nos enfrentamos van aún más lejos: responsabilizan de esta triple hipótesis al analista de Cluny. ¿No es esto algo sumamente desleal e injusto? ¿Y no es suficiente haber expuesto a los ojos de hombres inteligentes los defectos de tales tácticas para quitar todo crédito, al menos dadas las circunstancias, a autores incluso dignos de estima y consideración? Añadamos por último: Glaber estaba tan lejos personalmente de dar crédito a los supuestos terrores supersticiosos nacidos de la proximidad del año 1000 de nuestra era, que, según sus cálculos, este año fatal debía posponerse hasta el año 1033[39], *milesimo a Passione Domini.*

---

35 *Histoire littéraire de la France*. Señores de l'Escalopier, Ampère, de Caumont, etc.

36 *Radulph. Glaber. Historiar.*, lib. III, c. 4. «Contigit in universo pene orbe terrarum, præcipue tamen in Italia et Gallia, innovari Ecclesiarum Basilicas, licet pleræque decenter locatæ minime indiguissent. Æmulabatur tamen quæque gens Christicolarum adversus alteram decentiore frui. Erat enim ac si mundus ipse excutiendo semet, rejecta vetustate, passim candidatam Ecelesiarum vestem indueret.»

37 *Ibid*., c. 6. «Candidato, ut diximus, innovatis Basilicarum Ecclesiis, universo mundo revelati sunt plurimorum sanctorum corpore.»

38 La aparición del arco apuntado data de este período y bien podría servir en cierta medida para explicar el lenguaje del cronista, porque sabemos el gran favor que goza casi universalmente en el mundo cristiano.

39 «Imminente igitur millesimo trigesimo tertio, idest a Passione Domini anno millesimo.» Rad. Glaber. *Histor*., lib. IV. c. 4.

En consecuencia, a juicio de nuestro autor el año 1000 señalado en el Apocalipsis es treinta años posterior a este rejuvenecimiento del mundo sobre el que tanto ruido se ha hecho. Así, esta renovación de la faz de la tierra, que no es un engañoso argumento testimonial de nuestros adversarios, habría precedido mucho tiempo, según nuestro autor, a los terrores en cuestión, de modo que en lugar de ser el fruto feliz de su distancia y su desaparición, según se afirma, les habría servido como una especie de antecedente y preparación.

Todavía se repite a menudo, y con esta objeción concluiré la presente parte de mi trabajo: ¿cómo poner en duda el miedo sin precedentes que congeló todos los corazones a medida que se acercaba el año 1000? ¿No es este un hecho inscrito, con caracteres indelebles, en el preámbulo mismo de las escrituras y actas públicas de ese tiempo? ¿No leemos allí, al pie de la letra: «Las ruinas se multiplican bajo nuestros pies, el día terrible, el fin del mundo, se acerca, etc.»[40]

Resulta un poco defectuosa la erudición de aquellos cuya expresión y sentimientos acabamos de reproducir. De hecho, si hubieran seguido los cursos de la *École des Chartes*, si hubieran consultado las obras específicas de la ciencia de la diplomática[41], se asombrarían al averiguar que dichas fórmulas no fueron inventadas ni en la primera ni en la segunda mitad del siglo X, y que no se corresponden con una concreta necesidad de un tiempo y una circunstancia determinada. Se conocían y usaban desde el siglo VII[42], por lo que no tienen nada que ver con los terrores del año 1000.

También hay que señalar que son fórmulas locales (sólo conozco ejemplos del oeste y sur de Francia); finalmente, que incluso parecen haber caído en desuso mucho antes de finales del siglo X. Al menos, los ejemplos son bastante raros desde el año 900 al año 1000, más raros que en el siglo XI, es decir, una vez expirado el término fatal[43], mientras que en el siglo IX (830-870) se encontraban en determinados lugares como el acompañamiento obligatorio de testamentos o donaciones de gran importancia[44].

¿Pretenden los señores Michelet y de Sismondi, acaso, que *todo trabajo corporal y espiritual* cesó en estos países durante dos siglos? Creo que su opinión encontraría poco crédito; sería mejor recordar que las fórmulas aquí en cuestión no presentan en sí mismas nada extraño e inexplicable. ¿Puede el hombre de fe, en efecto, el cristiano olvidar que este mundo terrenal, destinado a desaparecer en un futuro más o menos cercano, nunca está lejos de su ruina, si consideramos las cosas desde el punto de vista sobrenatural? Porque ¿qué son mil años, o incluso diez mil años, en presencia del abismo sin fondo de una eternidad ilimitada? ¿Es más de un día, una hora, un momento lo que pasa? Ciertamente no. Por lo tanto, está bien establecido que era perfectamente posible en el año 980 o 999 hablar del inminente fin del mundo y de las ruinas que anunciaban su proximidad, sin abandonarse al terror supersticioso, sin abandonar en esta ocasión *todo trabajo corporal y espiritual*, en una palabra, sin imaginar que el año 1000 era el año fatal que vería la destrucción de la raza humana y de este mundo material.

---

40 M. Michaud: *Hist. des Croisades*, t. I, p. 47; M. de l'Escalopier, loc. cit., etc., etc.

41 Cf. M. de Wailly: *Eléments de Paléographie*, t. I, p. 204.—Es sabido que esta obra sólo es el resumen de la gran obra de los benedictinos sobre este tema, así como de las lecciones impartidas por su erudito autor en la *École des Chartes.*

42 Cf. *Formulæ Marculfi*, lib. II. c. 3. «Mundi terminum ruinis crebrescentibus appropinquantem indicia certa manifestant.»—Sabemos que estas fórmulas, usadas ya hacia el año 650 por un monje de París, fueron, en cierto modo, obligatorias en cancillerías y notariados durante gran parte de la Edad Media.

43 Cf. Vaissete, *Histoire générale du Languedoc*, I. II, c. 136. Escritura del año 1001; ibid., c. 185. Escritura del año 1030; ibid., c. 215 del año 1048. D. Fonteneau: año 1010, t. XV, p. 103. 1059 *Cart. nigr. Florent*, f. 45; etc. Nota proporcionada por mi colega, el R. P. D. Chamard.

44 Cf. D. Morice: *Preuves de l'Histoire de Bretagne*, t. I, col. 234 y sig., años 831-880.—A partir de esta última fecha, las fórmulas en cuestión desaparecen en Bretaña.

Esto es lo que importa señalar más claramente y sacar a la luz, al finalizar esta segunda parte de mi trabajo. Porque, de este modo, los partidarios de los terrores del año 1000 se verán obligados, si no me equivoco, a ponerse a la defensiva.

## IV
## [Estado general del mundo al fin del siglo X]

Podría detenerme aquí y considerar terminada mi tarea. Sin embargo, quizá no sea inútil volver a insistir y dedicarme a demostrar que todos los datos generales que nos proporciona la historia, relativos a los últimos años del siglo X, nos dan la razón y suponen un desmentido categórico a la afirmación cuya falsedad queremos probar.

Esto es lo que estableceré mediante una rápida reseña del estado religioso, político y artístico del mundo a finales del siglo X. Veremos que ni la realeza, ni el clero, ni la nobleza, ni el pueblo estaban sumidos, vísperas del año 1000, en este desaliento, este letargo y esta inacción que tan complacientemente se les atribuía.

En marzo de 999, sólo unos meses antes del fatal final, murió a la edad de 27 años un Pontífice (Gregorio V) lleno de juventud, que prometía días largos y gloriosos. ¿Impidieron los terrores del fin del mundo que llegaba, que el clero y el pueblo romanos le dieran inmediatamente un sucesor? En absoluto. No lo consiguieron, como tampoco disuadieron al antiguo pastor de las montañas de Auvernia (Gerberto de Aurillac) de subir con paso firme los peldaños que conducían al primer trono del mundo[45].

Por su parte, el emperador de Alemania Otón III temía tan poco la proximidad de la consumación general de todas las cosas, que eligió precisamente este terrible año para crear el reino de Polonia, y erigir allí una iglesia metropolitana con cuatro obispados sufragáneos[46].

No muy lejos y siempre en la misma fecha, el piadoso Esteban de Hungría era de la misma opinión y se comportaba de modo semejante. También él reorganizó sus provincias, les dio leyes, fundó obispados y monasterios... Todo lo cual supone, me parece, un cierto trabajo corporal y espiritual, ¡si me permite decirlo el señor de Sismondi![47]

Si nos vamos un poco más al norte, nos encontramos con Adalberto de Praga (970-997)[48], luego con Bonifacio[49] y sus compañeros, que intentan, a costa de mil fatigas, o más bien a costa de su sangre, hacer brillar la luz de la fe entre las naciones de las riberas del Vístula y del Niemen, aún asentadas en la oscuridad de una grosera idolatría. La obra avanzaba muy lentamente, y si estos generosos misioneros hubieran podido suponer que al mundo sólo le quedaban unos pocos años de existencia, sin duda se habrían ahorrado trabajos inútiles.

Por las mismas fechas, las regiones del norte de Europa que, durante siete siglos, habían seguido anegando el antiguo mundo romano con oleadas de bárbaros, se disponían a poner fin a esta era de invasión con la conquista de Inglaterra. Ya Svend, rey de Dinamarca, había hecho varias irrupciones victoriosas sobre las tierras ocupadas por los anglosajones, y meditaba un ataque final y más formidable. Era la víspera del año 1000; pero al cobarde rey Ethelred [de Inglaterra] no cayó en la cuenta de que los brillantes sonidos de la trompeta de los ángeles pronto lo pondrían fuera del alcance de los soberanos de la tierra. En cambio, como siempre, recurrió a la corrupción y a la traición, sus armas favoritas, para deshacerse de su terrible enemigo.[50]

45 Baronius: *Annales Ecclesiastici, ad ann. 999,* n° I y sig.

46 *Ibid*., n° XII.

47 Baronius: *Annales, ad ann. 1002,* n. XI, etc.—Acta SS., t. I, sept., p. 497 y sig.

48 *Acta SS. O. S. B*., sæc. V, p. 821 y sig.

49 *Ibid*., sæc. VI, pars prima, p. 71.

50 Cf. Baronius: *ad ann. 983,* n. XXIV.—*Acta SS.*, ad diem 19 apr., *Vita S. Elphegi*, t. II, april., p. 633 y sig.

En España los cristianos continuaron su heroica lucha, que ya duraba tres siglos, contra los invasores de su patria. Los terrores del año 1000 no habían desesperado a nadie; en ese mismo año, dos nuevos reyes intrépidos y valientes ciñeron la corona. Fueron Sancho el Mayor en Pamplona y Alfonso V en León.[51]

La dignidad imperial era muy precaria en Constantinopla; no faltaron, sin embargo, personas ambiciosas para codiciarla, incluso cuando se acercaba el año 1000.[52]

También podemos señalar aquí que los historiadores bizantinos nunca fueron sospechosos de haber conocido la fábula de los terrores del año 1000, ni siquiera por parte de nuestros adversarios. Lo mismo puede afirmarse de los escritores árabes, tan aficionados a lo maravilloso y extraordinario.

Pero ya he dicho lo suficiente para demostrar que a medida que se acercaba el año 1000, los llamados terrores de la consumación final no habían debilitado el coraje, ni sofocado las ambiciones, ni destruido la actividad humana. En una palabra, los hombres eran los mismos que en cualquier otro período de la historia, y la faz del mundo político y religioso no difería significativamente, en varios aspectos, de lo que es en el siglo XIX.

No imaginemos tampoco que la proximidad del año 1000 impidió a los obispos de la Iglesia católica celebrar sus acostumbradas reuniones, tan importantes para mantener la pureza de la fe y de la costumbres; nada sería más contrario a la verdad. Los concilios fueron numerosos en los diez años inmediatamente anteriores al año 1000, más numerosos, si no me equivoco, que en muchas otras épocas[53].

Hay que señalar, además, que estas asambleas, cuyo objetivo principal era desarraigar el error y la superstición del ámbito de la Iglesia, nunca se ocuparon de la creencia popular comentada en estas páginas, prueba manifiesta de que esta opinión no formaba entonces un partido, una secta, y que por tanto no causaba ningún daño grave a las almas.

¿Deberíamos mencionar, además, las numerosas fundaciones de monasterios y las abundantes construcciones de iglesias y basílicas que se produjeron en la segunda mitad del siglo X? Un erudito historiador, digno alumno de la docta *École des Chartes*, contó hasta 112 monasterios erigidos o reformados en el espacio de tiempo comprendido entre el año 950 y el año 1000[54]. Podemos asegurar, sin embargo, que su lista dista mucho de ser completa, ya que el rey de Inglaterra, Edgardo (959-975), reclama cincuenta sólo para él, según el testimonio de sus biógrafos[55], mientras que sólo se le reconoce un número muy inferior. Habría que llevar a cabo un trabajo similar respecto a la edificación de iglesias, pero sería más complicado, y aún no se ha emprendido. Al no poder hacerlo aquí, me contentaré con enumerar algunos hechos concretos que se refieren precisamente a estos años de miedo y de pánico, a estos años fatales para todos, según nuestros oponentes.

Fue entonces, en efecto, cuando tuvieron lugar las reconstrucciones y segundas dedicaciones de las catedrales de Orleans[56] y Senlis[57], de las iglesias abaciales de Mont-Majour cerca de Arlés[58],

---

51 *Art de vérifier les dates*, edic. de 1783, t. I, p. 739 y 741.

52 *Ibid*., t. I, p. 432.

53 Cf. *Collectiones Couciliorum*, ad. ann. 990-1000.

54 Cf. *Annuaire historique de la Société de l'histoire de France*, année 1838: *Liste des monastères du monde avec la date de leur fondation*.—Este trabajo es obra del señor de Mas-Latrie.

55 *Annal. O. S. B.*, t. III, p. 561 y 638.

56 *Gallia Christiana*, t. VIII, col. 1429.

57 *Revue des Sociétés savantes*, livr. de janvier 1868, p. 131.

58 *Revue des Sociétés savantes*, livr. de janvier 1868, p. 131.

de Montier-en-Der (Champagne)[59], de Saint-Vincent-du-Mans[60], refiriéndonos sólo a Francia y a los nombres más conocidos.

¿No es esto suficiente para demostrar que los terrores del año 1000, por muy supersticiosos y universales que se les supongan, no entorpecieron todos los brazos, ni encadenaron todos los pies, ni detuvieron *todo trabajo corporal y espiritual*?

¿No se deduce también claramente que el siglo X contó con más de un artista y con más de un arquitecto, a pesar de todos los obstáculos que habrían impedido el progreso artístico?[61]

Respecto a la literatura y la ciencia, sería sin duda temerario asegurar que se estaban haciendo grandes progresos en el año 1000. Sin embargo, Gerbert en Francia, Dunstan en Inglaterra, Brunon de Colonia en Alemania, comprueban que sus escuelas disponen de discípulos formados, muchos de ellos ya distinguidos. Sin contradicción alguna, sus nombres honrarán a la segunda mitad del siglo X, y quizás le concedan un nivel superior al de otros períodos de la historia de la cultura.

Por otra parte, para explicar la decadencia intelectual de los siglos IX y X ¿no son suficientes otras muchas causas concretas? Por ejemplo, el debilitamiento del poder real, la anarquía política, las invasiones de los normandos y sus depredaciones de todo tipo, etc. ¿Qué necesidad hay, pues, de explicarla recurriendo a los supuestos terrores supersticiosos del año 1000?

Pero es hora de concluir este trabajo, emprendido para restaurar el honor de la Iglesia, o más bien el de nuestros antepasados, el del género humano. Los ataques comenzaron desde arriba; los apoyaban sabios a los que no solemos hallar equivocados. Por eso, para contrarrestarlos con éxito, era preciso profundizar en la cuestión, y multiplicar las pruebas y los testimonios. He intentado cumplir esta misión lo mejor que me ha sido posible con mis limitadas fuerzas.

Ahora bien, hemos comprobado el silencio de los autores de aquellos años sobre un hecho tan importante, y la debilidad de los argumentos esgrimidos para sustentar esta opinión. El contenido de los documentos públicos y todos los datos generales que han llegado a nosotros sobre el estado del mundo en esta fecha memorable, son razones que militan a favor de nuestra tesis y que ya no parecen dejar lugar a dudas e incertidumbres.

Se me permitirá, pues, concluir este trabajo diciendo que sería contrario a la verdad histórica seguir hablando de la llamada consternación general, del llamado pánico universal ante la proximidad del año 1000. Sería también injusto, además de ultrajante para la dignidad humana, seguir suponiendo que los hombres de la segunda mitad del siglo X, *no teniendo otra esperanza que la terrible esperanza del juicio final*, languidecían miserablemente en letargo e inacción, y ya *no se ocupaban de ningún trabajo corporal o espiritual*. En una palabra, los terrores del año 1000 no son ni más ni menos que un mito, y la crítica racionalista de nuestros días, en lugar de divertirse creando mitos fantásticos y luego darse el placer de combatirlos, haría mucho mejor en aplicar la fuerza de su inteligencia para revertir errores tan graves como aquel al que mi mano inexperta acaba de intentar lanzar algunos dardos.

DOM FRANÇOIS PLAINE,
Benedictino de la abadía de Ligugé.

59 *Gallia Christiana*, t. IX, col. 915.

60 *Ibid*., t. XIV, col. 454.

61 Este prejuicio, desgraciadamente aún compartido por muchas buenas gentes (los señores de Caumont, de l'Escalopier, etc., etc.), ha sido recientemente combatido con éxito por el padre Auber, canónigo de Poitiers: *De l'an mille et de sa prétendue influence sur l'architecture religieuse* (Paris, 1861, in-8°).

# *ANEXO 1.* EL PUNTO DE PARTIDA

### San Juan, *Apocalipsis* (siglo I de C.)

Oí una fuerte voz procedente del templo, que decía a los siete ángeles: Id y derramad sobre la tierra las siete copas de la ira de Dios.

Marchó el primero, vertió sobre la tierra su copa, y sobrevino una llaga maligna y perniciosa a los hombres que tenían la marca de la bestia y a los que habían adorado su imagen. El segundo vertió su copa en el mar, que se convirtió en sangre como de muerto, y todos los seres vivos del mar murieron. El tercero vertió su copa en los ríos y en las fuentes de las aguas, que se convirtieron en sangre. Entonces oí al ángel de las aguas que decía: Justo eres Tú, el que es y el que era, el Santo, porque has juzgado de esta forma, porque a los que derramaron la sangre de los santos y profetas, les has dado a beber sangre. Se lo merecen. Oí al altar que decía: Sí, Señor Dios todopoderoso, verdaderos y justos son tus juicios.

El cuarto vertió su copa sobre el sol y se le permitió abrasar a los hombres con fuego. Fueron abrasados los hombres con un gran ardor, y blasfemaron del nombre de Dios, que tiene la autoridad sobre aquellas plagas, y no se arrepintieron para darle gloria.

El quinto vertió su copa sobre el trono de la bestia, y su reino se sumió en tinieblas y se mordían las lenguas de dolor. Blasfemaron del Dios del cielo a causa de su dolor y de sus heridas, pero no se arrepintieron de sus obras. El sexto vertió su copa sobre el gran río Eúfrates, y se secaron sus aguas de modo que quedó preparado el camino a los reyes del oriente. Entonces vi tres espíritus inmundos como ranas que salían de la boca del dragón, de la boca de la bestia y de la boca del falso profeta. Son espíritus demoníacos que hacen prodigios, y se dirigen a los reyes de todo el orbe, a fin de reunirlos para la batalla del gran día del Dios omnipotente.

He aquí que vengo como un ladrón. Bienaventurado el que esté vigilante y guarde sus vestidos, para no andar desnudo y que vean sus vergüenzas.

Y los reunió en el lugar llamado en hebreo Harmagedón.

El séptimo vertió su copa en el aire, y salió del templo, desde el trono, una voz que decía: ¡Hecho está! Hubo relámpagos, estampidos de truenos, y se produjo un gran terremoto como nunca existió desde que hay hombres sobre la tierra: ¡Tan grande fue el terremoto! La gran ciudad se partió en tres trozos, y las ciudades de las naciones se derrumbaron. La gran Babilonia fue recordada ante Dios para darle a beber la copa del vino del furor de su ira. Todas las islas desaparecieron y de los montes no se encontró rastro. Y un pedrisco con granizos como de un talento cayó del cielo sobre los hombres, que prorrumpieron en blasfemias contra Dios por el azote del pedrisco: ¡Era una plaga tremenda!

* * *

Vi un ángel que bajaba del cielo, con la llave del abismo y una gran cadena en la mano. Apresó al dragón, la serpiente antigua, que es el Diablo y Satanás, y lo encadenó por mil años. Lo arrojó al abismo, lo cerró y puso un sello en él, para que no seduzca más a las naciones hasta que pasen los mil años. Después debe ser soltado por poco tiempo.

Vi también unos tronos; a los que se sentaron en ellos se les dio potestad de juzgar; y vi las almas de los degollados por dar testimonio de Jesús y de la palabra de Dios, y a los que no adoraron a la bestia ni su imagen, ni recibieron la marca en su frente ni en su mano. Revivieron y reinaron

con Cristo mil años. Los demás muertos no revivieron hasta que se cumplieron los mil años. Esta es la resurrección primera.

Bienaventurado y santo el que tiene parte en la resurrección primera. Sobre éstos la muerte segunda no tiene poder, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años.

Cuando se hayan cumplido los mil años, Satanás será soltado de su prisión, y saldrá a seducir a las naciones que hay en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, y a reunirlos para la guerra, siendo innumerables como la arena del mar. Subieron por la ancha faz de la tierra y pusieron cerco al campamento de los santos y a la ciudad amada, pero bajó fuego del cielo y les devoró. Y el Diablo, el seductor, fue arrojado al estanque de fuego y azufre, donde están también la bestia y el falso profeta, y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.

Vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él; ante su presencia huyeron la tierra y el cielo, y no dejaron ningún rastro. Vi a los muertos, grandes y pequeños, en pie ante el trono, y fueron abiertos los libros. También fue abierto otro libro, el de la vida. Y los muertos fueron juzgados por lo que estaba escrito en los libros, según sus obras.

El mar entregó los muertos que había en él, la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos, y fue juzgado cada uno según sus obras. Entonces la muerte y el Hades fueron arrojados al estanque del fuego. Esta es la muerte segunda, el estanque de fuego. Todo el que no figuraba escrito en el libro de la vida, era arrojado al estanque de fuego.[62]

## Beato de Liébana, *Commentaria in Apocalipsin libri XII* (786)

*Luego vi a un ángel que bajaba del cielo y tenía en su mano la llave del abismo y una gran cadena. Dominó a la serpiente, es decir, al diablo, y la encadenó por mil años. La encerró y puso encima los sellos, para que no sedujera más a los hombres, hasta que se cumplieran los mil años* (Ap 20). El ángel que dijo, se refiere a Cristo en su primera venida. La llave del abismo es el poder de su pueblo. La que llama cadena designa la potestad que Dios dio a su pueblo. En lo que dice que *la encadenó en el abismo por mil años*, el abismo es el pueblo excluido del corazón de los creyentes. Lo que llamó *mil años*, es desde la primera venida del Señor hasta su segunda venida, para que no pueda dañar cuanto quisiera a los que iban a creer. *Después tiene que ser soltada por poco tiempo*, es decir, al final del mundo, cuando el diablo, Príncipe introducido en el Anticristo, y sus ministros en los hombres malos, tenga entonces tal poder como no tuvo jamás, ni siquiera antes de que viniera Cristo.

*Luego vi unos tronos, y se sentaron en ellos, y se les dio el poder de juzgar.* Por tronos entiende a las doce tribus de Israel, que son la Iglesia que se asienta en Cristo; desde la primera venida del Señor, cuando el diablo fue atado, ya están sentados y juzgando, porque, como está escrito, *los santos juzgan ya al mundo* (1 Cor 6,2); pero lo hacen quienes abandonan completamente al mundo, y siguen a Cristo con toda su mente. Esto lo dijo de los santos que están vivos. De los santos que se hallan ya sepultados dice: *Vi también las almas de los que fueron decapitados por la Palabra de Dios y el testimonio de Jesús.* Pues de ambos presenta la Iglesia testimonio, es decir, del Verbo y de la carne, que es un solo Cristo hijo de Dios. *Dichoso y santo el que participa en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene poder sobre éstos.* Esto es, quien en este mundo acudiere a la penitencia, en el futuro no será enviado al infierno. Sino que serán sacerdotes de Cristo y reinarán con él mil años, es decir, para siempre. Pues mil es un número perfecto.

Y cuando se terminen los mil años, será Satanás soltado de su prisión, o sea, se disolverá en la nada, mientras se desvanece y va a la perdición eterna. Pues no será soltado para recibir la libertad, sino que *seducirá a las naciones de los cuatro extremos de la tierra, a Gog y a Magog*. «Seducir»

62 *Apocalipsis*, capítulos 16 y 20.

es arruinar y arrastrar consigo a la perdición. A todos los impíos que sedujo de los cuatro extremos de la tierra, juntados consigo en una misma perdición, hará que sean sometidos a los suplicios eternos. *Y los reunirá para la lucha, numerosos como la arena del mar*, esto es, la muchedumbre de pecadores elevados en la soberbia, pero cuyas obras terrenas les hunden. *Y cercan el campamento de los santos*, es decir, quieren vivir junto con los santos. Pero ya ha sido profetizado de ellos: *Regresan a la tarde, pasan un hambre de perros, y rondan por la ciudad* (Sal 59,7).

*Pero bajó fuego del cielo y los devoró: Y el diablo, su seductor, fue arrojado al lago de fuego y azufre, donde están también la Bestia y el falso profeta, y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.* Esta es aquella disolución a que antes nos referimos, para que el seductor muera con los seducidos. *Luego vi un gran trono blanco y al que estaba sentado sobre él.* En el trono se manifiesta la figura de un juicio, cuando Cristo, en el día del juicio, juzgue por sí mismo a todo el mundo. Lo llama blanco, porque a cada cual se le juzgará con justicia. *El cielo y la tierra huyeron de su presencia*, porque no podrán resistir el cielo y la tierra un juicio de tan gran poder. Pues ante él ningún lugar ocupa espacio, sino que es tenido por nada y vacío.

Mostrada así la forma del juicio, indicada la calidad del juez, se refiere ya a la ejecución del juicio en sí mismo. *Vi a los muertos grandes y pequeños, de pie delante del trono, y fueron abiertos unos libros*, es decir, se proclamaron las obras de todos. *Y luego se abrió otro libro, que es el de la vida.* El libro de la vida es Cristo. Es entonces cuando se manifiesta a todas sus criaturas. *Y los muertos fueron juzgados según lo escrito en los libros, conforme a sus obras*, o sea, fueron juzgados por la Ley y el Evangelio, según lo que de éstos hicieron o no hicieron. *Y el mar devolvió sus muertos*, esto es, a los que halló vivos en este mundo. *Y la Muerte y el Hades devolvieron sus muertos*: que son las personas sepultadas. Y el que no se halló escrito en el libro de la vida, es decir, el que no fue considerado vivo por el Señor, *fue arrojado al lago de fuego; ésta es la muerte segunda.*[63]

63 Beato de Liébana, *Comentarios al Apocalipsis de San Juan*. Traducción de A. del Campo y J. González Echegaray. Santander 2006. Pág. 66-67.

# *ANEXO 2.* TEXTOS MEDIEVALES: ANTES DE LA LEYENDA

### Adso de Montiérender, *Sobre el ascenso y edad del Anticristo* (954)

Puesto que, señora mía, tenéis piadoso interés en escuchar las Escrituras y hablar frecuentemente de nuestro Redentor, e incluso saber sobre la impiedad y persecución del Anticristo, así como de su potestad y su generación, quería escribiros algo sobre el Anticristo (...)

Respecto al tiempo en que vendrá el Anticristo, o cuándo comenzará a aparecer el día del juicio, dice el apóstol Pablo, en su carta a los Tesalonicenses: «Recemos por la venida de nuestro Señor Jesucristo», y también en el lugar donde dice: «Porque antes ha de venir la apostasía y ha de manifestarse el hombre hijo del pecado y de la perdición.» Porque sabemos que después del reino de los griegos, y también del reino de los persas, los cuales vivieron en su tiempo con mucha gloria y florecieron con el mayor poder, al final también, tras estos reinos, ocupó el dominio el reino de los romanos, más fuerte que los anteriores, y regía a todos los reinos del mundo; las naciones de todos los pueblos estaban sujetas a los romanos y les servían con sus tributos.

Por eso el apóstol Pablo dice: El Anticristo no vendrá al mundo hasta que primero llegue la disgregación, es decir, hasta que todos los reinos que durante mucho tiempo estuvieron sujetos al Imperio Romano se hayan separado primero. Pero este momento aún no ha llegado, porque, aunque vemos el imperio romano destruido en su mayor parte, mientras continúen los reyes de los francos conservándolo, no perecerá completamente su dignidad, porque perduran sus reyes. De hecho, algunos de nuestros maestros dicen que un rey de los francos dominará todo el imperio romano al fin de los tiempos, y que será el mayor y último de todos los reyes. Éste, tras gobernar con suma felicidad su reino, llegará por fin a Jerusalén y depositará su cetro y su corona en el Monte de los Olivos.

Este será el final y la consumación del Imperio Romano Cristiano. Y, según predice la sentencia del apóstol Pablo, tan pronto como aparezca el Anticristo. Y entonces efectivamente se manifestará el hombre de pecado, esto es, el Anticristo; aunque sea hombre, será sin embargo la fuente de todos los pecados y el hijo de perdición, es decir, el hijo del diablo, no por naturaleza, sino por imitación, porque en todo cumplirá la voluntad del diablo, porque está lleno de poder diabólico y todo el espíritu maligno habitará corporalmente en él, en quien estarán escondidos todos los tesoros de la malicia y de la iniquidad.[64]

### Abbon de Fleury, *Apologeticus* (998)

Respecto al fin del mundo, cuando era joven oí decir en un sermón ante mucha gente en una iglesia de París, que cuando concluyera el año 1000 vendría el Anticristo, y poco después tendría lugar el juicio universal. Yo me resistí con todas mis fuerzas a este aserto, mediante la predicación de los Evangelios, del Apocalipsis y del Libro de Daniel.

Tiempo después mi abad Ricardo, de bendita memoria y espíritu sagaz, tras recibir cartas procedentes de la Lotaringia, me ordenó disipar otro error que se difundía sobre el fin del mundo.

64 Adso Deruensis, *De ortu et tempore Antichristi*. The Latin Library. Traducción propia.

Porque se extendía por todas partes la noticia de que cuando coincidieran la fiesta de la Anunciación y el domingo de Pascua, con toda seguridad ocurriría el fin del mundo.[65]

### Raúl Glaber, *Historiarum libri quinque* (1047)

San Juan había predicho todos estos males en la profecía en que declara que Satanás quedaría libre al cabo de mil años (…) Después de los numerosos signos prodigiosos que precedieron o siguieron de cerca al año mil del nacimiento de Cristo Nuestro Señor, no faltaron hombres ingeniosos y de espíritu agudo que anunciaran fenómenos no menos considerables en relación con la proximidad del milenario de la Pasión del Señor y sus predicciones se cumplieron de forma patente (…) Hasta el año 1033 de la Encarnación, que corresponde a los mil años de la Pasión del Salvador, el mundo romano perdió un gran número de personajes famosos, y la religión sus más firmes apoyos, Benito, papa de la Iglesia universal, y Roberto, rey de los franceses; el obispo de Chartres, Fulberto, prelado incomparable; y el padre de los monjes, el fundador de tantos monasterios, el ilustre abad Guillermo (…)

Después el hambre comenzó a desolar el universo, y el género humano se vio amenazado por una próxima destrucción. El clima se hizo tan contrario que no se hallaba el momento conveniente para sembrar las tierras, o favorable para cosecharlas, principalmente por las aguas que anegaban los campos. Se decía que los elementos, furiosos, les habían declarado la guerra, siendo que no hacían más que obedecer a la venganza divina, en castigo de la insolencia de los hombres. Toda la tierra quedó inundada de tal modo, que durante tres años no se encontraba un sólo surco en el que depositar la semilla. A la hora de la cosecha, las malas hierbas y la cizaña cubrían la campiña.

La fanega de trigo, en tierras antes más provechosas, rindió sólo un sexto de su medida en el momento de la cosecha, y este sexto apenas rindió un puñado de grano. Este flagelo de venganza había comenzado en Oriente. Después de haber devastado Grecia, pasó a Italia, se extendió a la Galia y no perdonó tampoco al pueblo de Inglaterra. Todos los hombres sintieron los efectos por igual. Los poderosos, las personas de condición media y los pobres, todos tenían el mismo aspecto hambriento y la tez pálida, porque la fuerza de los poderosos finalmente había dado paso también a la escasez común. Cualquier hombre que tuviera algún alimento para vender podía pedir el precio más alto por él, siempre estaba seguro de recibirlo sin contradicción. En casi todos los pueblos, una fanega de grano se vendía a sesenta sueldos; a veces incluso un sexto de fanega costaba quince. Sin embargo, cuando nos habíamos alimentado de animales y pájaros, una vez agotado este recurso, el hambre no se sentía menos intensamente, y era necesario, para apaciguarla, decidirse a devorar cadáveres o cualquier otro alimento tan horrible; o también, para escapar de la muerte, se cortaba la corteza de los árboles del bosque, se arrancaba hierba de los arroyos; pero todo fue inútil, porque no hay otro refugio de la ira de Dios que Dios mismo. Finalmente, la memoria se niega a recordar todos los horrores de esta época deplorable (…)

No hay palabras capaces de expresar el dolor, la tristeza, los sollozos, las quejas, las lágrimas de los desdichados testigos de estas escenas desastrosas, especialmente entre los hombres de la Iglesia, los obispos, los abades, los monjes y los religiosos. Se creía que el orden de las estaciones y las leyes de los elementos, que hasta entonces habían gobernado el mundo, habían vuelto a caer en el caos eterno, y se temía el fin de la raza humana. Pero lo más prodigioso, lo más monstruoso, en medio de estos males, es que rara vez encontramos hombres que se resignaran, como debían, a sufrir esta venganza secreta de la Divinidad con un corazón humilde y contrito, y que trataran de merecer la ayuda del Señor, alzando a él sus manos y sus oraciones. Vimos entonces el cumplimiento de las palabras de Isaías: *El pueblo no se volvió al que los hirió*. Es que había en los

65 Sancti Abbonis Floriacensis abbatis, *Apologeticus ad Hugonem et Rodbertum reges francorum.* En J. P. Migne, *Patrologiæ*, tomus CXXXIX. Col. 471-472. Traducción propia.

hombres una dureza de corazón igual a la ceguera de su espíritu, y que Dios, juez soberano de los hombres, autor de todo bien, sólo concede la voluntad de rezarle a aquellos a los que creía merecedores de su misericordia.

En el año 1000 de la Pasión de Cristo, que siguió a estos años de desolación y miseria, la bondad y misericordia del Señor secó la fuente de la lluvia y disipó las nubes, y el cielo comenzó a aclararse y tomar un aspecto más sonriente. El soplo de los vientos se hizo más propicio, la calma y la paz, restauradas en toda la naturaleza, anunciaban también el regreso de la clemencia divina.[66]

## Sigeberto de Gembloux, *Chronographia* (1105)

En el año 1000 se contemplaron muchos prodigios: un terremoto sin parangón aterrorizó todo el mundo, un horrísono cometa comenzó a brillar en el cielo a plena luz del día a las nueve de la mañana del primer día de enero, cuando el aire estaba sereno y claro; su luz deslumbró los ojos, tanto de los que entonces estaban en el campo, como de los que estaban encerrados en sus casas; y seguidamente apareció en el cielo una serpiente que tenía pies negros.[67]

## Acontecimientos del año 1000 en algunos *Anales* europeos

*Annales Marbacenses* (1230): El Papa Gregorio (V) murió en Roma, y le sucedió Silvestre II, que se llamaba Gerberto (de Aurillac). Fue al principio arzobispo de Reims y más tarde de Rávena. Muy aficionado a la literatura secular, por este interés fue muy apreciado por el emperador. Tras su muerte, y hasta el día de hoy, su sarcófago emana en ocasiones un licor oleoso, que presagia la muerte de un obispo o de un emperador, o quizás algo maravilloso y nuevo en la santa iglesia.

*Annales Reicherspergenses* (1170): Papa Juan [XV; había fallecido en 996].

*Annales Sancti Emmerammi Ratisponensis minores* (1062): El abad Ramuoldo falleció, y le sucedió Wolframmo.

*Annales Gradicenses* (1145): Boleslao II (duque de Bohemia) murió muy cristianamente [en 999], a diferencia de su padre, que mató y sucedió a su hermano Wenceslao. Le sucedió el tercer Boleslao. Cuando Miecislao [en realidad Boleslao, su hijo], duque de Polonia, lo invitó a un banquete, le saltó los ojos e invadió Bohemia en el año 1000, y la conquistó en dos años. Asimismo, los Vrissovici capturaron en el monte Veliz a Jaromir, el hijo menor del duque Boleslao; pero se escapó gracias a su fiel servidor Douhora. Oldricus, el hijo mayor de Boleslao, fue enviado por su padre a la corte imperial. Asimismo, ese mismo año Radim, hermano de San Adalberto, fue ordenado obispo de la iglesia de Gneznes.

*Annales Colonienses maximi* (1177): Evergero, arzobispo de Colonia falleció, y le sucedió san Heriberto.[68]

---

66 Rodulfus Glaber, *Historiae sui temporis*. Edición y traducción al francés por M. Guizot. París 1824.

67 Citado por Le Vasseur.

68 *Monumenta Germaniæ Historica. Scriptorum*. Tomus XVII. Hannover 1861. Pág. 154, 444, 571, 647 y 741. Este volumen contiene medio centenar de Anales y Crónicas, muchos de los cuales enumeran acontecimientos de los siglos X y XI. Los arriba transcritos son los únicos que citan el año 1000. Ninguno se refiere a los terrores de dicho año. Traducción propia. Junto al nombre de los anales se indica la fecha supuesta de composición.

# *ANEXO 3.*
# LA LEYENDA NACE EN LA EDAD MODERNA

## Johannes Trithemius, *Cronicón Hirsaugiense* (1503)

*Año 960.* En el duodécimo año del abad Sigerio, el gran emperador Otón reunió a todos los príncipes del reino en Herbípolis (Wurzburgo), una ciudad de los francos orientales, y después de deliberar con ellos desde el principio sobre su plan, ordenó que el ejército entrara en Italia. En la misma asamblea de los príncipes apareció cierto sacerdote, ermitaño de la región de Turingia, llamado Bernardo, hombre muy versado en las escrituras eclesiásticas, a quien el pueblo veneraba como santo. Entonces, quizás engañado por su espíritu enajenado, afirmó con insistencia que el día último era inminente y el mundo pronto se acabaría, y que Dios se lo había revelado. Para probarlo, afirmó que Dios había hecho que aparecieran cruces en las vestimentas de los hombres, y que no desaparecerían hasta la consumación del mundo. Algunos creían que este profeta venía de Dios, mientras que otros lo ridiculizaban como hombre desequilibrado o lleno de arrogancia.

*Año 1000 del Señor*. En el duodécimo año del abad Conrado, en el milésimo año de la Natividad del Señor, en la octava indicción de los romanos, hubo grandes terremotos por toda Europa que derribaron muchas construcciones de los hombres fuertes y hermosas. También apareció en este año terrible un cometa que aterrorizó a muchos con su aspecto, temiendo que se acercara el último día; hacía muchos años, asimismo, que algunos hombres habían predicho, engañados por una estimación falsa, que este mundo visible terminaría en el milésimo año de Cristo.[69]

## César Baronio, *Anales Eclesiásticos* (1605)

*Opinión sobre el fin del mundo, y su origen y causa.* El nuevo siglo (XI) echa a andar. Comienza el primer año después del milésimo, marcado por la decimocuarta indicción, y también por la vana afirmación de algunos, al considerarlo el último del mundo, o casi, en el que se revelaría ese hombre de pecado, el hijo de la perdición, conocido como el Anticristo. Esto había sido proclamado en Francia, y predicado primero en París, y luego difundido por todo el mundo, creído por muchos, aceptado con temor por los más simples, pero rechazado por los más doctos. Entre otros, por el abad Abbo Floriacensis, varón distinguido por su erudición y santidad, que para refutar los errores sobre las divinas Escrituras escribió el libro *Apologeticus*, que dedicó a los reyes de los francos Hugo y Roberto, padre e hijo. No hemos creído inútil transcribir aquí un fragmento, hallado entre las páginas que nos envió a París nuestro muy fiel amigo Nicolás Fabro, porque además de estos asuntos sobre la destrucción del mundo, contiene otras cosas dignas de notarse. Es así: (…)

«Sobre el fin del mundo, escuché cuando era joven en un sermón público en la iglesia de París, que inmediatamente que concluyera el año 1000 vendría el Anticristo, y no mucho después le seguiría el juicio universal. Rechacé con todas las fuerzas que pude mediante la predicación del Evangelio, del Apocalipsis y del Libro de Daniel. Más tarde mi abad Ricardo, de bendita memoria, con espíritu sagaz, disipó este error sobre el fin del mundo, después de haber recibido cartas de los de Lotaringia, a las que me ordenó responder. Porque por todo el mundo se había extendido el rumor de que cuando coincidiesen la fiesta de la Anunciación del Señor con el domingo de Pascua, el fin del mundo llegaría sin ninguna duda.» (…)

---

69 Johannes Trithemius, *Annalium Hirsaugiensium.* Tomus I. St. Gallen, 1690. Pág. 143. Traducción propia.

Pero lo que se refiere a la caída prevista del mundo, anunciada para el año 1000, algunas grandes calamidades se consideraron presagios, pues dice Sigeberto sobre dicho año: «Muchos prodigios se vieron: hubo un gran terremoto, y en las calendas de enero apareció un cometa hacia la hora novena, en el cielo despejado, como una antorcha refulgente, como un relámpago; su brillo deslumbró tanto a los que estaban en campo abierto, como a los que estaban a cubierto. Mientras la luz se desvanecía poco a poco, se percibió una figura como de serpiente, con una cabeza creciente y con pies azules.» Hasta aquí, Sigeberto.

Facilitó la creencia en estas cosas sobre el fin del mundo y la próxima venida del Anticristo, las repetidas caídas de la Iglesia Romana, de las cuales (como hemos visto en el volumen anterior) Gerberto igualmente suponía que vendrían los tiempos del Anticristo. Y asimismo Glaber, al contemplar la corrupción de las costumbres, que era muy grande en aquella época entre los hombres, y especialmente entre los eclesiásticos, la deploraba en sus escritos, y pudo presumir lo mismo que el anterior. Además, y como este tiempo fue llamado el siglo de hierro, a causa del aumento de los males, por la autoridad de Dietmar se creía ciertamente que era la última.

A esto parece haber aludido Glaber, deplorándolo, al concluir diciendo: «Porque cuando falla la religiosidad de los pontífices, y el abad descuida la aplicación estricta de la regla, y al mismo tiempo el vigor de la disciplina monástica se desvanece, y con estos ejemplos el resto del pueblo transgrede los mandamientos de Dios, ¿qué otra cosa podemos esperar sino que toda la raza humana será nuevamente arrastrada al antiguo y profundo caos de la perdición por su espontánea voluntad?» Y termina: «Lo que hemos contado se vio alrededor del año mil después del nacimiento del Salvador.»

Pero ¿qué beneficio, dices, puede obtener el enemigo del género humano difundiendo estas cosas en vano, mientras más bien debe lamentar el arrepentimiento de muchos que, creyendo en la inminente destrucción del mundo, se preparaban para esperar la venida del Señor? Pero aunque le perjudique esto, el engañoso artífice se procura por otro lado un beneficio mayor: engañando así al género humano y sembrando estas mentiras, recoge los frutos de la impiedad, de modo que cuando los hombres ven que estas cosas tantas veces predichas siempre han quedado en nada, se convencen fácilmente a sí mismos de que las ficciones humanas son como las de los libros sagrados acerca del juicio futuro.[70]

### **Jacques Le Vasseur,** ***Annales de l'eglise cathedrale de Noyon*** **(1633)**

¡Oh, qué cierto es que no hay nada tan cierto como la falta de certeza sobre la fundación de la mayoría de las ciudades e iglesias antiguas! Sin dedicar mucho esfuerzo para profundizar en el abismo de los siglos pasados, me contentaré con refrescar la memoria de mi lector. Las renovaciones, reparaciones o nuevas construcciones de infinidad de iglesias comenzaron en el año 1003 de Jesucristo. Para explicarlo, se tendrá en cuenta que habiéndose difundido por todo el cristianismo el falso rumor de que en el primer año después del 1000, el hombre de pecado, el hijo de perdición, es decir, el Anticristo, aparecería en el mundo, con esta falsedad proclamada por todas las Galias, predicada en París, sembrada por el universo, creída como artículo de fe por las conciencias simples y timoratas, nadie pensaba más que en alcanzar una buena muerte, y en prepararse para resistir con valentía los asaltos de este enemigo del cielo. Cualquier otro cuidado de construir, reconstruir, adquirir, lograr para sí y para la Iglesia, enriquecer y embellecer la casa de Dios, se transformó en miedo a la calamidad, a la persecución o a la muerte inminente. Toda manufactura y obra de los hombres iba arruinándose, los más nobles templos estaban en decadencia,

70 Cæsaris Baronii, *Annales Ecclesiastici*. Edición de Augustino Theiner. Tomus sextusdecimus (934-1045). París 1869. Pág. 386-388. La edición original de estos párrafos, en el tomo IX, 1605.

sin que nadie tuviera el coraje de echar una mano, creyendo que el tiempo de hacerlo ya había pasado (...)

En el año 1003 debió concluir el temor de la venida del Anticristo vana y falsamente anunciado para el año 1001, y por toda Italia y Galia se comenzó de nuevo a renovar, reparar, y reconstruir las fábricas de las iglesias.[71]

### **William Robertson,** ***Descripción de los progresos de la sociedad en Europa desde la ruina del Imperio romano hasta principios del siglo XVI*** **(1769)**

Hemos seguido hasta aquí los progresos sucesivos de aquellas densas tinieblas que cubrieron por tanto tiempo a la Europa; dará más gusto ahora observar los primeros rayos de la claridad renaciente, y conocer los aumentos imperceptibles de luz, que nos han traído al cabo el día brillante que gozamos.

Las cruzadas, o aquellas expediciones de los cristianos, concertadas para ir a arrancar la tierra santa de manos de los infieles, parecen haber sido el primer suceso que sacó a la Europa del letargo en que yacía después de tanto tiempo, y que cooperó a variar algún tanto su gobierno y sus costumbres. Es natural a los hombres mirar con veneración y cariño los lugares famosos por haber sido residencia de algún ilustre personaje, o el teatro de alguna acción célebre. Este principio es el origen de la escrupulosa devoción con que los cristianos, desde los primitivos siglos de la Iglesia, se habían dedicado con gusto a visitar el país que Dios había destinado en herencia a su pueblo escogido, y en el cual el hijo de Dios había completado la redención del género humano. No podía hacerse peregrinación tan remota sin muchos gastos, fatigas, y riesgos; debía por lo tanto ser más meritoria, y se la consideró bien pronto como un medio de expiar casi todos los crímenes.

Hacia fines del siglo X y principios del XI, se esparció repentinamente por Europa una opinión que ganó de luego a luego muchísimo terreno, y aumentó prodigiosamente el número y celo de estos devotos peregrinos (a Tierra Santa). Se imaginó que los mil años de que habla san Juan en el Apocalipsis, se habían cumplido, y que iba a llegar el fin del mundo. Este sueño difundió una consternación general entre los cristianos. Muchos renunciaron sus bienes, abandonaron sus familias, sus amigos, y se apresuraron a ir a la Tierra Santa, en donde creían que nuestro Señor Jesucristo aparecería a poco tiempo para juzgar a los hombres.[72] [73]

---

71 Jacques Le Vasseur, *Annales de l'eglise cathedrale de Noyon*. París 1633. Pág 130-131 y 761.

72 *Cronic*. Will. Godelli, ap. Bouquet, *Recuell del Historiens de France*, tome X, pág. 262. *Vita abbonis*, *ibid*., pág. 332. *Chronic. S. Pantaleonis* ap. Eccard., *Corp. Scrit. Medii aevi*, vol. X, pág. 909. *Annalista saxo*., Hold. 576.

73 Tomado de la traducción de Félix Ramón Alvarado: W. Robertson, *Historia del reinado del emperador Carlos V*. Tomo I. Madrid 1821, pág. 23-25. El autor antecedió la obra con el ensayo del que procede el texto.

# *ANEXO 4.* LA LEYENDA TOMA SU FORMA DEFINITIVA EN EL SIGLO XIX

### J. C. L. Simonde de Sismondi, *Historia de la caída del Imperio Romano* (1822)

Hay, sin embargo, una razón que nos obliga a detenernos a finales del siglo X, aunque algunos quisieran continuar adelante su historia: es la creencia casi universal por entonces en un inminente fin del mundo, y esta creencia ha interesado a la mayoría de los escritores contemporáneos. El mundo quedó, durante un tiempo, en silencio; y los historiadores de entonces consideraron inútil dirigirse a una posteridad que ya nunca existiría.

Los cristianos, al tratar de comprender el Apocalipsis y determinar la época en que debían cumplirse sus profecías, quedaron especialmente impresionados por el capítulo XX, en el que se anuncia que después de mil años Satanás sería desatado para seducir a las naciones de la tierra, pero que un poco después Dios haría descender del cielo un fuego, que lo devoraría. El cumplimiento de todas las terribles profecías contenidas en este libro parecía que se iba a producir entonces, y que el fin del mundo vendría con ese fuego devorador y con la primera resurrección de los muertos. Cuanto más próximo estaba el año mil desde el nacimiento de Jesucristo, un terror creciente se extendía por todos los espíritus.

Se encuentran en todos los archivos un gran número de escrituras del siglo X que comienzan con estas palabras: *Appropinquante fine mundi* (a medida que se acerca el fin del mundo), y esta creencia casi universal redobló el fervor religioso, se desprendieron de sus bienes hasta los menos generosos, y se incrementaron los actos caritativos; los más abundantes, con diferencia, eran las donaciones hechas al clero de unos bienes que el testador arrebataba sin pesar a una familia que ya no podría utilizarlos en el futuro; otros actos, sin embargo, tenían un carácter más meritorio: muchos enemigos se reconciliaron, algunos poderosos concedieron el pleno perdón a aquellos infortunados que les habían ofendido; hubo incluso quienes restituyeron la libertad a sus esclavos, o mejoraron la condición de los pobres y humildes que dependían de ellos.

Espanta el grado de desorden en el que se sumió la sociedad al creer en la inminencia del fin del mundo. Todo lo que mueve ordinariamente a la acción se suspendió, y se reemplazó por motivos opuestos; se acallaron las pasiones y el presente se desvaneció ante el futuro. Toda la población de las naciones cristianas se encontró en la situación del alma de un condenado que ya ha recibido su sentencia y que ahora cuenta las horas que le separan de la eternidad. Todo trabajo corporal o espiritual perdió su sentido, a excepción del esfuerzo de los fieles para alcanzar la salvación; proponerse cualquier cosa en previsión de un futuro terreno parecía absurdo; no tenía sentido legar un monumento a una época que nunca llegaría; una historia destinada a una generación que no habría de nacer supondría falta de fe. Casi nos sorprende que una creencia entonces tan mayoritaria, como parece haber sido, no haya dado lugar al acontecimiento que predecía; que no convirtiera Occidente en un gran convento, y que al provocar el abandono de trabajo, no condenase a la raza humana a una terrible hambruna.

Pero, sin duda, el poder de la costumbre todavía prevalecía en muchos sobre la enfermedad de la imaginación. Por otra parte, cierta incertidumbre respecto de la cronología había hecho dudar entre dos o tres épocas muy próximas entre sí, y aunque muchas escrituras atestiguaban *los signos ciertos y evidentes* que afirmaban la pronta llegada del fin del mundo, el orden constante de las estaciones, la regularidad de las leyes de la naturaleza, la bondad de la Providencia que seguía

cubriendo la tierra con sus frutos, hizo que aun existieran dudas, incluso en los espíritus más sumisos. Finalmente, pasó el último plazo fijado por las profecías sin que llegara el fin del mundo, el terror se disipó y todo el mundo estuvo acorde en que se había malinterpretado el lenguaje de las Escrituras en este sentido.[74]

### Jules Michelet, *Historia de Francia* (1833)

Era una creencia universal en la Edad Media, la de que el mundo tenía que terminar con el año 1000 de la Encarnación. Antes del cristianismo, los etruscos también había fijado su término en diez siglos, y la predicción se había hecho realidad. El cristianismo, pasajero en esta tierra, huestes exiliadas del cielo, adoptaron fácilmente estas creencias. El mundo de la Edad Media no tuvo la regularidad exterior de la ciudad antigua, y era muy difícil discernir un orden íntimo y profundo. Este mundo sólo vio en sí mismo caos; aspiraba al orden y lo esperaba en la muerte. Además, en estos tiempos de milagros y leyendas, donde todo aparecía bizarramente coloreado como a través de vidrieras oscuras, se podía dudar de que la realidad visible fuera algo más que un sueño. Las maravillas conformaban la vida en común (...) En medio de tantas apariciones, visiones, voces extrañas, entre los milagros de Dios y las trampas del diablo, ¿quién podría decir si la tierra no se disolvería en humo, una buena mañana, al son de la trompeta fatal? (...)

El fin de un mundo tan triste fue a la vez la esperanza y el temor de la Edad Media. Observad estas viejas estatuas de las catedrales de los siglos X y XI, magras, mudas y gesticulantes en su rigidez, con aspecto sufriente como la vida, y horrible como la muerte. Observad cómo imploran, con las manos juntas, este momento deseado y terrible, esta segunda muerte de la resurrección, que debe sacarlos de su tristeza inefable, y transportarlos de la nada a la existencia, del sepulcro a Dios. Es la imagen de un pobre mundo sin esperanza, tras tanta ruina. El Imperio Romano había estallado, el de Carlomagno también había desaparecido; el cristianismo había creído al principio que podría remediar los males de este mundo, y éstos permanecieron. Desgracia sobre desgracia, ruina sobre ruina. Hacía falta algún remedio, y se estaba a la expectativa. El cautivo esperaba en el oscuro calabozo; el siervo esperaba en su surco, a la sombra del odioso castillo; el monje esperaba en medio de la abstinencia del claustro, en los tumultos solitarios del corazón, en medio de tentaciones y caídas, remordimientos y visiones extrañas, miserable juguete del diablo que retozaba cruelmente a su alrededor, y que por la noche, tirándole de la manta, le decía alegremente al oído: «¡Estás condenado!»

¡Todos querían salir de esa situación, sin importar el precio! Era mejor que caer de una vez en las manos de Dios y descansar para siempre, aunque en un lecho de fuego. Debe tener algún encanto ese momento en el que la aguda y estridente trompeta del arcángel penetrará en el oído de los tiranos. Entonces, desde el calabozo, desde el claustro, desde el surco, una risa horrísona estallará en medio de las lágrimas.

Esta terrible esperanza del juicio final se incrementó con las calamidades que precedieron al año 1000, o le siguieron de cerca. Parecía que el orden de las estaciones se habían invertido, que los elementos seguirían nuevas leyes. Una terrible peste desoló Aquitania; la piel de los enfermos parecía cruzada por el fuego: desprendida de los huesos, caía en podredumbre (…) Aún fue peor unos años después. El hambre asoló todo el mundo: desde Oriente, Grecia, Italia, Francia, Inglaterra (…) Estas miserias sin límite rompían los corazones y les devolvían un poco de dulzura y de piedad. Envainaron la espada, temblando bajo la espada de Dios. Ya no tenía sentido luchar o hacer la guerra por esta tierra maldita que se iba a abandonar. Ya no se necesitaba venganza; todos vieron claramente que su enemigo, como él mismo, tenía poco por lo que vivir (...)

---

74 Traduzco de la tercera edición: J. C. C. Simonde de Sismondi: *Histoire de la chute de l'empire romain et du déclin de la civilisation, de l'an 250 a l'an 1000*. Bruxelles 1837, pág. 509-511. La primera edición es de 1822.

Ante este miedo generalizado, la mayoría sólo encontró algo de descanso a la sombra de las iglesias. Muchedumbres entregan sus donativos al altar: tierras, casas, siervos. Todos estos actos muestran la misma creencia: «El atardecer del mundo se acerca, dicen; cada día acumula nuevas ruinas; yo, conde o barón, entrego a tal iglesia para el remedio de mi alma…» O también: «Considerando que la servidumbre es contraria para la libertad cristiana, libero a este siervo, a sus hijos y a sus familiares.» Pero pocas veces les tranquilizaba esto. Anhelaban dejar la espada, el tahalí, todos los signos de la milicia del siglo; con frecuencia se refugiaron entre los monjes y vistieron sus hábitos; les pidieron un rincón de sus conventos donde esconderse (...)

Fue bajo (el reinado de) este buen Roberto[75] cuando concluyó esta terrible época del año 1000, y parecía como si la ira divina se hubiera desarmado por este hombre sencillo, que parecía encarnar la *paz de Dios*. La humanidad se serenó y confió en perdurar un poco; vio, como Ezequías, que el Señor quería prolongar sus días. Resucitó de su agonía, y comenzó de nuevo a vivir, a trabajar, a construir: ante todo a construir las iglesias de Dios.

«Casi tres años después del año 1000, dice Glaber, en casi todo el mundo, y especialmente en Italia y en las Galias, las fábricas de las iglesias fueron renovadas, aunque muchas de ellas aun fuesen bastante hermosas como para no necesitarlo. Y sin embargo el pueblo cristiano parecían competir sobre quién las elevaría más espléndidas. Parecía como si el mundo se estremeciera, y despojándose de su vejez, se revistió con el blanco manto de las iglesias.»[76]

## César Cantú: *Historia Universal* (1846)

En medio de estas miserias inauditas entre las agitaciones de la sociedad, de las cuales no podía preverse el bien que resultaría, ¿qué partido quedaba a los pueblos más que desear la muerte? Entonces adquirió crédito la opinión esparcida por aquel tiempo, de que el mundo debía concluirse el año mil. Creíase ver una profecía exacta de este acontecimiento en el Evangelio; se recordaban las doctrinas de algunos sectarios que en los primeros tiempos habían predicado el reinado milenario de Cristo. Esta opinión tanto más creída cuanto más profunda era la ignorancia, llegó a ser general; y el lector puede figurarse cuál debió de ser el desfallecimiento de personas que no veían el día de mañana. Acudían en tropel a los santuarios más devotos; pedían procesiones de reliquias veneradas; suplicaban a Dios que alejase aquellos castigos, y que tuviese misericordia de su pueblo que debía en breves instantes aparecer en masa en su presencia. Pedían infinitos el hábito de monje, de tal modo, que costaba trabajo refrenar aquella descompuesta devoción. Guillermo I de Normaudía, quería encerrarse en el monasterio de Jumieges, y rechazado por el abad, se apoderó de un cilicio y una capucha que siempre tuvo a su lado. Otros nombraban a las iglesias herederas de todos sus bienes para procurarse tesoros de misericordia con riquezas que estaban a punto de perecer. Los buenos tomaron de aquí ocasión para inculcar la piedad, evitar las venganzas privadas, aconsejarla penitencia, y hacer respetar las iglesias y la inocencia: hiciéronse muchos pactos de paz; gran número de esclavos fueron puestos en libertad: y muchos bandidos abandonaron el puñal y el bosque para prosternarse ante el altar pidiendo el cilicio y el perdón.

Cuando por fin concluyó aquel año de mil tan temido, los Cristianos, maravillándose de verse aun vivos, volvieron a tener confianza; y en todas partes se restauraban iglesias, se encontraban reliquias, se multiplicaban los milagros.[77]

---

75 Roberto II (972-1031), hijo de Hugo Capeto y rey de Francia desde 996.

76 Jules Michelet, *Histoire de France*. Tome II. París 1861. La edición original es de 1833. Traducción propia.

77 César Cantú, Historia Universal. Tomo III. Traducción de Nemesio Fernández Cuesta. Madrid 1855. Pág. 606-607. La *Storia Universale* se publicó originalmente en 35 volúmenes entre 1838 y 1846. Los fragmentos corresponden al tomo noveno de esa edición.

## Auber: *El año mil y su pretendida influencia en la arquitectura religiosa* (1861)

Es muy cierto que al acercarse el año 1000, e incluso medio siglo antes, se había recuperado en Europa una vieja idea sobre el milenio, basado en dos pasajes mal comprendidos de los capítulos XV y XX del Apocalipsis. Pero no debemos olvidar que sólo fue admitido por un cierto número de las gentes más crédulas, como siempre vemos entre la multitud de ignorantes, y que los intelectuales combatieron estos temores irreflexivos. Los predicadores pudieron utilizarlos de forma más o menos positiva, como medio para llamar a la gente a la virtud o para mantener a los fieles en ella. Príncipes y señores cuyos testamentos o donaciones conocemos adoptaron en ocasiones estas aprehensiones populares hasta convertirlas en el motivo decisivo de su generosidad piadosa; pero no podemos concluir que ésta fuera entonces una doctrina generalmente aceptada, y menos que lo fuera en términos absolutos y definitivos (…)

Encontraremos otros muchas pruebas de esto si buscamos en la historia noticias sobre construcciones famosas erigidas o reconstruidas hasta el fin de este mismo siglo X, especialmente cuando ese supremo peligro debía parecer más inminente. A poco que consultemos las fuentes auténticas, nos asombraremos del crédito que se dado durante mucho tiempo a este fabuloso terror del fin del mundo, que nunca agitó las almas con un desaliento generalizado, ya que parece que ninguna otra época se aplicó tanto a fundar o restaurar monasterios, especialmente en Francia y en Alemania. Hemos consultado un catálogo, fiel y muy exacto, de los establecimientos religiosos que fueron en nuestro país objeto de este ferviente celo; limitándonos a la segunda mitad del siglo X, del año 950 al año 1000, el período en el que la agitación tuvo que volverse más activa; y en este breve plazo en el que, de creer tantas fantasías, el martillo y la paleta sólo servirían para ensamblar ataúdes, contamos nada menos que ciento doce de las más ilustres abadías o diversos monasterios construidos o reparados por todas partes. Entre ellos, nuestros incansables benedictinos cuentan con más de sesenta, y sabemos que estos cenobitas estudiosos estaban ya entre los más ilustrados y, por tanto, los más capaces de apreciar el valor de las ideas populares en su relación con la exégesis. Añadamos que de cuarenta y ocho de estas casas que fueron así intervenidas en el corto intervalo de los últimos veinte años del siglo X (del 980 al 1000), diecisiete lo hicieron en el curso de este milésimo año o en sus inmediatos, y agregan los historiadores esta nota formal: «Fundada alrededor del año 1000» (…)

Esto explica claramente por qué son bastante raras, en el gran número de escrituras y otros actos públicos de la misma época que han llegado a nosotros (digan lo que digan), las invocaciones al inminente fin del mundo para justificar donaciones u otras obras piadosas. Casi siempre es su propia muerte la que los donantes ven venir; con el pensamiento de redimirse es por lo que se muestran generosos hacia las iglesias y los monasterios[78]. ¿Y cómo podrían haber actuado de esta manera si hubieran creído seriamente en un acontecimiento que pronto confundiría de la misma manera a herencias y sucesores? ¿Cómo podríamos leer todavía tantas transacciones, compras y ventas, intercambios y acuerdos de todo tipo entre personas que la muerte infaliblemente se apoderaría, y todos estos escritos que finalmente llevan la huella e incluso las fechas de los años que preceden más de cerca al más temido de todo, hasta el año 1003, tras el que la credulidad más obstinada ya no tuvo nada que temer?

Sin embargo, el resurgimiento arquitectónico de este período es indiscutible. Los contemporáneos dan testimonio de ello y el benedictino Radulf Glaber, cuya crónica finaliza en el año 1046, establece que a finales de 1003, Francia e Italia brillaban entre todas las naciones por un

78 «Interim dum orbita sæculi volvitur et fabrica unius cujusque corporis anhelitu spiritus aspirat, tractare débet mens ejusdem corporis qualiter ærumnas hujus sæculi possit evadere, et bonis futuri sæculi non carere. Ideirce ego... pro anima mea metuens articulum mortis, et casus humanæ fragilitatis, etc...» Este es casi siempre, o en términos equivalentes, el estilo que señala el inicio de los actos públicos de esta época. Éste es del año 993, y no se habría dejado de hablar del fin del mundo, si la preocupación hubiera sido tan generalizada como afirman. (Apud Besly, *Hist. des comtes de Poitou*).

santo ardor en la reconstrucción de los edificios cristianos[79]. Pero esto no significa que preocupaciones anteriores hubieran paralizado el celo que repentinamente reapareció. Esta renuencia, irreconciliable con las afirmaciones históricas antes citadas, procedía más bien de las desgracias acumuladas sobre las poblaciones de Europa occidental, y no de la espera segura de un cataclismo general, expectativa que Glaber ni siquiera menciona.[80]

## Lausser: *Gerberto. Estudio histórico sobre el siglo X* (1866)

Según las antiguas tradiciones, se suponía que el mundo, creado en seis días, sólo duraría 6000 años. Habiendo transcurrido los primeros cuatro milenios antes del cristianismo, el quinto terminó a finales del siglo X, y tras él comenzaría el sexto milenio con el reino visible de Cristo. Estos presentimientos, acrecentados aún más por las vagas profecías de los libros sibilinos sobre la duración del Imperio Romano, fueron conservados de generación en generación, y cada etapa franqueada, cada peligro evitado, les dio más consistencia y fijeza. «La amenaza, tanto tiempo vaporosa como una nube siniestra, se había detenido en un momento determinado —nos dice un historiador—, y todo el terror acumulado a lo largo de los siglos se concentró en el último año del siglo X; a medida que se acercaba la hora fatal, el miedo crecía...»[81]

Estos temores habían adquirido un carácter tan grave que incluso los hombres más sabios de la época no siempre podían defenderse de ellos: «Lo que me sorprende —escribe Odo de Cluny en la vida del santo fundador de Aurillac— es que que puede haber milagros en un tiempo en el que el enfriamiento de la caridad es casi universal y en el que estamos *en vísperas del Anticristo*.»[82] En su juventud, el abad de Fleury había oído anunciar públicamente en los púlpitos de París la fecha inminente del fin del mundo[83]; en Turingia, un ermitaño, encomiable por su ciencia y su santidad, llamado Bernardo, enseñó también, según revelaciones particulares, la proximidad del último día[84]. Esta creencia incluso progresó tanto que la reina Gerberge, esposa de Luis de Ultramar, consideró necesario contratar a Adson, abad de Moutier-en-Der, para refutarla. Aún conservamos el folleto de este buen religioso[85], y es curioso darnos cuenta de la idea que teníamos entonces de la persona del Anticristo. Después de haber refutado la opinión de quienes hacían nacer a este personaje de una religiosa y un obispo, Adson establece que el Anticristo debe venir al mundo en Babilonia, pertenecer a la tribu de Dan y se criará en Bethsaida y en Corozaim. Luego añade que reconstruirá el templo de Jerusalén y vendrá a morir en el Monte de los Olivos después de haber ejercido el poder soberano durante tres años y medio. Como ninguno de estos fenómenos precursores ha ocurrido todavía, concluyó, no hay que temer el fin del mundo a corto plazo[86].

Esta refutación no produjo el efecto esperado; pocas veces cede ante la razón un error popular; sólo los hechos pueden hacerlo desaparecer. Las pruebas, bastante débiles por cierto,

79 Igitur infra supradictum millesimum, tertio jam fore imminente anno, contigit in universo pene terrarum orbe, præcipue tamen in Italia et in Galliis, immorari ecclesiarum basilicas, licet pleræque, decenter locata; minime indiguisscnt. Æmulabatur tamen quoque gens christicolarum adversus alteram decentiore frui. Erat enim instar ac si mundus excutiendo semet, rejecta vetustate, passim candidam ecclesiarum vestem induceret. Tunc denique episcopalium sedium Ecclesias pene universas, ne cætera quæque diversorum sanctorum monasteria, seu minora villarum oratoria quique permutavere fideles (*Glabri Randulphi Historiæ*, lib. III, cap. IV.—Apud *Histor. Francorum*, in-fol., Francofurti, 1596, p. 27.)

80 Abbé Auber: *De l'an mille et de son influence pretendue sur l'architecture religieuse*. París 1861. Traducción propia.

81 Ampère, *Hist. littér.*, t III, p. 275.

82 S. Odonis, *Præfatio ad vitam beati Geraldi.*

83 Abbo, *Apolog.*, p. 401.

84 Trithemii, *Chron. hist.*, t. I, p. 103.

85 *Algunas críticas que se han atribuido equivocadamente a Alcuino, y por otros a san Agustín.*

86 *Augustini Opéra*, t. VI, append., p. 243, 246.—Alcuino, p. 1209, 1216.—Raban-Maur, t. VI, p. 277, 279.

alegadas por Adson se vieron comprometidas por una serie de fenómenos cuyas proporciones exageraba la imaginación popular, y que adquirieron un carácter sobrenatural ante los ojos asustados, presagio de la ira celestial. Es notable, de hecho, que las épocas más ignorantes, aquellas en las que el nivel intelectual era más bajo, fueran también aquellas en las que la creencia en lo maravilloso, la explicación por lo sobrenatural de los hechos más ordinarios de la naturaleza, fuera más fácilmente aceptada. Así vemos en los cronistas de la época la terrible impresión que entonces producían fenómenos que la proximidad de la fecha fatal transformaba en solemnes avisos y lúgubres profecías. Un cometa brillaba en el cielo desde hacía tres meses y sabemos, añade Raoul Glaber, que esta estrella aparece en la Tierra sólo para anunciar algún acontecimiento maravilloso y terrible[87].

Estrellas fugaces cruzaban la atmósfera[88]; serpientes de fuego perturbaban el silencio de las noches con sus silbidos[89]; los terremotos anunciaban una naturaleza convulsa[90], y en los aires ejércitos en formación libraban batallas cuyos clamores sembraron el terror y el miedo por todas partes.[91]

Se vio entonces uno de esos espectáculos ante los cuales la imaginación se detiene aterrorizada; toda actividad cesó, un profundo silencio, una extraña paz reinó en Occidente; todos se preparaban para morir. Ya no se trabaja más, ¿para qué? Los tribunales estaban desiertos, ¿por qué discutir hoy sobre aquello de lo seríamos privados mañana? Incluso la guerra pareció suspender su furia[92], ¿para qué degollarse unos a otros en vísperas de encontrarse más allá en la tumba? Algunos, éstos fueron escasos, cediendo a ese vértigo en el que a veces caen los hombres que han perdido toda esperanza, buscaron en los placeres el gozo que el futuro parecía negarles, queriendo aturdir mediante la embriaguez de los sentidos el temido paso de vida a muerte. Pero esto fue sólo una excepción; la mayor parte, presa del miedo, buscaba con su generosidad y sus penitencias calmar la ira del cielo y favorecer a este Dios cuyos santuarios habían sido devastados tantas veces. Oraciones, limosnas, liberalidad, fundaciones piadosas, nada parecía demasiado arduo para estos orgullosos barones feudales que se asustaban por primera vez, quizás por miedo a un juez supremo y remordimiento de sus injustos expolios.

El pueblo, que tenía menos acciones que hacerse perdonar, era menos ruidoso en su penitencia; presionado por los señores, condenado al cultivo de esta tierra ingrata que apenas le alimentaba, se beneficiaba de la agitación próxima profetizada por los fenómenos celestes. Menos culpable, ya que más que disfrutado había sufrido en su exilio terrenal, el siervo abandonó su hogar apagado, su choza derruida, y poniendo todas sus esperanzas en la muerte, fue a morir a la iglesia donde tantas veces había orado, quizás con lágrimas, o bien iba con sus hermanos de desgracia a arrodillarse al pie de una cruz para cobijarse con su sombra tutelar ante las angustias de su último sueño. Los habitantes de Rebais y Jouarre, nos cuenta un cronista contemporáneo, habiendo salido un día, se dirigieron a un lugar llamado *Croix Saint-Ayle*; los nobles y los siervos estaban mezclados[93]. Cuando todos se hubieron reunido alrededor de la cruz, cada uno dobló la rodilla y el silencio sólo fue perturbado por el canto lastimero de los salmos penitenciales y las invocaciones que cada uno dirigía a los santos de los que esperaba ayuda y protección[94]. Posternados ante esta

87 Glabri Rudolphi, lib. III, c. 3.

88 Ex *Chronicis Cameracensi et Alrebatensi*.—Ex *Chron. Remensi*.

89 Ex *Chron. Sigeberti Gemblacensis monachi*.—Ex *Chron. S. Medardi Suessionensis.*

90 Ex *Chron. Sithiensi, c. XXXIII.*—Ex *Chron. Turonensi.*—Ex *Brevi Chron. S. Martini Tornac.*

91 Vissæ sunt multis per multa loca in altitudine aeris igneae acies, prodigioso visu corda se intuentium perterrentes. Ex *Chron. S. Medardi Suesionensis.*

92 El ejército de Otón, asustado por un eclipse, se deshizo para buscar refugio en las montañas. Martène, *Ampliss. Collect.*, t. IV, page 860.

93 Confluente catervatim maxima multitudine non ignobilis vulgi. Ex *Miraculis S. Agili*, inter Acta SS. ord. Bened. sæculo II, p. 326.

94 Cœperunt igitur septem psalmorum psenitentialem melodiam cum sanctorum nominibus insonare. *Ibid*.

cruz en la que, un día parecido, el Hijo de Dios había dado su último suspiro, la multitud ansiosa esperaba que viniera el ángel de la justicia y le golpeara con su espada en medio de los elementos desatados y de los mundos sumergidos[95].

Durante los últimos tres días de la Semana Santa el miedo estuvo en su apogeo; cada momento podía ser el último, cada hora del día aceleraba el fatal desenlace. La muerte debe ser menos terrible que la incertidumbre siempre despierta, cuyos plazos multiplican la angustia, pero también emocionan cuando se ve reaparecer, todavía brillante y luminosa, esa luz del día de la que se habían despedido la víspera. Con qué acentos de alegría y alegría se recibió esta aurora del día de Pascua, cuando, en lugar de las melodías quejumbrosas de los cantos fúnebres, los ecos repetían el Aleluya de la Resurrección: ¡una vez más la muerte había roto la piedra del sepulcro! La Humanidad resucitó, y sus primeras palabras fueron un himno de gratitud y amor hacia Aquel cuya mano la había salvado de los horrores del sepulcro. ¡Himno de la piedra que, volteada en la bóveda, cincelada en arcada, tallada en columna, elevada en ojiva o recortada en chapitel, cantaba por todas partes la gloria del Creador e inmortalizaba la memoria de sus beneficios!

Se apegaron a la vida con tanta energía, tenían tal presentimiento de la nueva era en la que se adentraba la humanidad, que no querían conservar ninguno de los monumentos de otra época. ¿No debería todo renacer con el mundo? «Se vio entonces —nos cuenta Raoul Glaber— a Italia y la Galia derribando sus iglesias, aunque la mayoría eran bastante hermosas. Era como si el mundo entero, de común acuerdo, se hubiera sacudido los harapos de su antigüedad para vestirse con las vestiduras blancas de las iglesias.»[96] El cronista dijo la verdad; no fueron sólo sus harapos los que la humanidad rechazó; todavía se estaba deshaciendo de esa vieja decrepitud, de esa ignorancia, de esa barbarie que había paralizado sus esfuerzos, comprimido su genio, durante ese largo período en que la inteligencia dormía. Ella salió purificada del sepulcro, y este gran día de Pascua fue la aurora de una Resurrección cuyos maravillosos efectos admiramos, después de ocho siglos, sin prever todavía todas las consecuencias.[97]

95 «Cum subito eripiunt nubes cœlumque diemque; / Fulgura crebra micant lapidosa grandine mixta; / Pallidus atque timor regnat sub imagine mortis...» El cronista cita estos tres versos de Virgilio, ya que su humilde prosa no le parece suficiente para pintar el horror de este cuadro.

96 Glabri Rudolphi: *Historiar*., lib. III, c. IV.

97 Abbé Lausser: Gerbert. *Étude historique sur le Xe siècle*. Aurillac 1866. Pág. 321-326. Traducción propia.

# CLÁSICOS DE HISTORIA

http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/

531 Juan Ximénez Cerdán, *Letra intimada al Justicia de Aragón*
530 Andrés de Mena y Francisco de Rioja, *Sobre el Conde Duque de Olivares, en su caída*
529 Luis Suárez, *Grandes interpretaciones de la Historia*
528 *La falsa vida del falsario Saavedra (relatos y refutaciones)*
527 Eusebio Jerónimo de Estridón, *Varones ilustres*
526 Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*
525 Pedro Mártir de Angleria, *Décadas del Nuevo Mundo*
524 Carlos Pereyra, *Tejas: la primera desmembración de Méjico*
523 Lorenzo Zavala, *Viaje a los Estados Unidos del Norte de América en 1830*
522 Frances Trollope, *Costumbres familiares de los norteamericanos*
521 Jesse Ames Spencer, *Historia de los Estados Unidos* (2 tomos)
520 Benjamín Franklin, *Esclavos y razas (1751-1790)*
519 Alejandro Manzoni, *Historia de la Columna Infame*
518 Alejandro Manzoni, *Los novios. Historia milanesa del siglo XVII*
517 Fernando Patxot, *Las ruinas de mi convento*
516 Marqués de Ayerbe, *Memorias sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay*
515 Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*
514 Conde de Robres, *Historia de las guerras civiles de España desde 1700 hasta 1708*
513 Isidoro de Sevilla, *Historia de los reyes godos, vándalos y suevos*
512 Ángel Salcedo Ruiz, *Contra el regionalismo aragonés (1918-1920)*
511 Juan Moneva y Puyol, *Disertaciones políticas (republicanas y regionalistas)*
510 Andrés Nin, *Las dictaduras de nuestro tiempo*
509 Francisco Cambó, *Las dictaduras*
508 Manuel Chaves Nogales, *La vuelta a Europa en avión; los reportajes del Heraldo*
507 Guillén de Lampart, *Proclama por la liberación de la Nueva España y otros textos*
506 Carlos Pereyra, *La obra de España en América*
505 Pedro Mártir de Angleria, *Cartas del Nuevo Mundo 1493-1525*
504 Juan Moneva y Puyol: *Política de represión y otros textos*
503 Francisco Cambó: *Un catalanismo de orden; textos 1907-1937*
502 Macalister y otros, *Palestina en 1911 (Encyclopædia Britannica)*
501 George Robinson, *Viaje a Palestina y Siria en 1830*
500 Augusto Conte, *Recuerdos de un diplomático*
499 Pere M. Rossell, *La Raza*
498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*
497 Marco Aurelio, *Soliloquios*
496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*
495 Francisco Raull, *Historia de la conmoción de Barcelona en... julio de 1835*
494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscriptos*
493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política… y otros textos*
492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*
491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*
490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*
489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*
488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y Méjico*
487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*

486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*
484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
478 Manuel de Galhegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*
475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*
474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*
471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*
470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*
468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*
466 Lucio Marineo Sículo, *Crónica de Aragón*
465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*
464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*
463 *Auca de l'Estatut de Catalunya*
462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
461 *Los ilustrados y la esclavitud*
460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*
457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*
456 Pedro Bosch Gimpera, *España, Para la comprensión de España, y otros textos*
455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*
454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista* (6 tomos)
452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y oros textos de la revista Escorial (1940-1942)*
449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*
447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*
445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*
444 Publilio Siro, *Sentencias*
443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*
440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*
439 Concepción Arenal, *La cuestión social*
438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*
437 Emilio Mola Vidal, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*

436 Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*
435 Vaclav Schaschek y Gabriel Tetzel, *Viaje de León de Rosmital por España en 1466*
434 Andrea Navagero, *Viaje por España 1524-1528*
433 Georg von Ehingen, *Viaje por España en 1457*
432 Francesco Guicciardini, *Relación de España 1512-1513*
431 Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*
430 Julián Ribera, *Lo científico en la historia*
429 Juan Gálvez y Fernando Brambila, *Ruinas de Zaragoza en su primer sitio*
428 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*
427 Georges Desdevises du Dézert, *Ideas de Napoleón acerca de España*
426 Wenceslao Fernández Flórez, *Columnas de la República 1931-1936*
425 Berman, Low y otros, *Antes de la catástrofe. Caricaturas políticas en* Ken *1938-1939*
424 Dolores Ibárruri “Pasionaria”, *Artículos, discursos e informes 1936-1978*
423 Gregorio Marañón, *Artículos republicanos 1931-1937*
422 Emil Hübner, *La arqueología de España*
421 Alexandre de Laborde, *Grabados del Voyage pittoresque et historique de l’Espagne*
420 Pompeyo Trogo, *Los asuntos de España*
419 Frederick Hardman, *Escenas y bosquejos de las guerras de España*
418 Fustel de Coulanges, *Alsacia alemana o francesa, y otros textos nacionalistas*
417 Theodor Mommsen, *A los italianos (la guerra y la paz)*
416 Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones*
415 *Historia Augusta. Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el divino Adriano...*
414 Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas (Fragmentos)*
413 Fermín Hernández Iglesias, *La esclavitud y el señor Ferrer de Couto*
412 José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones*
411 *Textos antiguos sobre el mito de las edades: Hesíodo, Platón, Ovidio, Virgilio, Luciano*
410 Tertuliano, *Apologético*
409 Flavio Arriano, *Historia de las expediciones de Alejandro*
408 Luciano de Samósata, *Cómo ha de escribirse la Historia*
407 Vasco de Quiroga, *Información en derecho sobre algunas Provisiones del Consejo de Indias*
406 Julián Garcés, Bernardino de Minaya y Paulo III, *La condición de los indios*
405 Napoleón Colajanni, *Raza y delito*
404 Ángel Pulido, *Españoles sin patria y la reza sefardí*
403 Ángel Pulido, *Los israelitas españoles y el idioma castellano*
402 George Dawson Flinter, *Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico*
401 Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España*
400 Francisco Guicciardini, *Historia de Italia… desde el año de 1494 hasta el de 1532* (2 tomos)
399 *Anti-Miñano. Folletos contra las Cartas del pobrecito holgazán y su autor*
398 Sebastián de Miñano, *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*
397 Kenny Meadows, *Ilustraciones de Heads of the people or Portraits of the english*
396 *Grabados de Les français peints par eux-mêmes* (2 tomos)
395 *Los españoles pintados por sí mismos* (3 tomos)
394 Ramón de Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid*
393 Joseph-Anne-Marie de Moyriac de Mailla, *Histoire generale de la Chine* (13 tomos)
392 Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *De la venida de los españoles y principio de la ley evangélica*
391 José Joaquín Fernández de Lizardi, *El grito de libertad en el pueblo de Dolores*
390 Alonso de Ercilla, *La Araucana*
389 Juan Mañé y Flaquer, *Cataluña a mediados del siglo XIX*
388 Jaime Balmes, *De Cataluña (y la modernidad)*
387 Juan Mañé y Flaquer, *El regionalismo*

386 Valentín Almirall, *Contestación al discurso leído por D. Gaspar Núñez de Arce*
385 Gaspar Núñez de Arce, *Estado de las aspiraciones del regionalismo*
384 Valentín Almirall, *España tal cual es*
383 *Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña (1885)*
382 José Cadalso, *Defensa de la nación española contra la Carta Persiana... de Montesquieu*
381 Masson de Morvilliers y Mariano Berlon, *Polémica sobre Barcelona*
380 Carlo Denina, *¿Qué se debe a España?*
379 Antonio J. de Cavanilles, *Observaciones sobre el artículo España de la Nueva Encyclopedia*
378 Eduardo Toda, *La vida en el Celeste Imperio*
377 Mariano de Castro y Duque, *Descripción de China*
376 Joseph de Moyriac de Mailla, *Cartas desde China (1715-1733)*
375 Dominique Parennin, *Sobre la antigüedad y excelencia de la civilización china (1723-1740)*
374 Diego de Pantoja, *Relación de las cosas de China (1602)*
373 Charles-Jacques Poncet, *Relación de mi viaje a Etiopía 1698-1701*
372 Thomas Robert Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*
371 Víctor Pradera, *El Estado Nuevo*
370 Francisco de Goya, *Desastres de la guerra*
369 Andrés Giménez Soler, *Reseña histórica del Canal Imperial de Aragón*
368 *Los juicios por la sublevación de Jaca en el diario "Ahora"*
367 Fermín Galán, *Nueva creación. Política ya no sólo es arte, sino ciencia*
366 Alfonso IX, *Decretos de la Curia de León de 1188*
365 *Codex Vindobonensis Mexicanus I. Códice mixteca*
364 Sebastián Fernández de Medrano, *Máximas y ardides de que se sirven los extranjeros…*
363 Juan Castrillo Santos, *Cuatro años de experiencia republicana 1931-1935*
362 Louis Hennepin, *Relación de un país que... se ha descubierto en la América septentrional*
361 Alexandre Olivier Exquemelin, *Piratas de la América*
360 Lilo, Tono y Herreros, *Humor gráfico y absurdo en La Ametralladora*
359 Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*
358 *Revolución y represión en Casas Viejas. Debate en las Cortes*
357 Pío Baroja, *Raza y racismo. Artículos en Ahora, Madrid 1933-1935*
356 Diego de Ocaña, *Ilustraciones de la Relación de su viaje por América del Sur*
355 Carlos de Sigüenza y Góngora, *Infortunios de Alonso Ramírez*
354 Rafael María de Labra, *La emancipación de los esclavos en los Estados Unidos*
353 Manuel de Odriozola, *Relación... de los piratas que infestaron la Mar del Sur*
352 Thomas Gage, *Relación de sus viajes en la Nueva España*
351 De la Peña, Crespí y Palou, *Exploración de las costas de la Alta California (1774-1799)*
350 Luis de Camoens, *Los lusíadas*
349 Sabino Arana, *Artículos de Bizkaitarra (1893-1895)*
348 Bernardino de Sahagún, *Las ilustraciones del Códice Florentino*
347 Felipe Guaman Poma de Ayala, *Ilustraciones de la Nueva Crónica y Buen Gobierno*
346 Juan Suárez de Peralta, *Noticias históricas de la Nueva España*
345 Étienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*
344 Tomás de Mercado y Bartolomé de Albornoz, *Sobre el tráfico de esclavos*
343 Herblock (Herbert Block), *Viñetas políticas 1930-2000*
342 Aníbal Tejada, *Viñetas políticas en el ABC republicano (1936-1939)*
341 Aureger (Gerardo Fernández de la Reguera), *Portadas de "Gracia y Justicia" (1931-1936)*
340 Paul Valéry, *La crisis del Espíritu*
339 Francisco López de Gómara, *Crónica de los Barbarrojas*
338 *Cartas de particulares sobre la rebelión de Cataluña (1640-1648)*
337 Alejandro de Ros, *Cataluña desengañada. Discursos políticos*

336 Gaspar Sala, *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña*
335 *La Flaca. Dibujos políticos de la primera etapa (1869-1871)*
334 Francisco de Quevedo, *La rebelión de Barcelona ni es por el huevo ni por el fuero*
333 Francisco de Rioja, *Aristarco o censura de la Proclamación Católica de los catalanes*
332 Gaspar Sala y Berart, *Proclamación católica a la majestad piadosa de Felipe el Grande*
331 François Bernier, *Nueva división de la Tierra por las diferentes especies o razas humanas*
330 Cristoph Weiditz, *Libro de las vestimentas (Trachtenbuch)*
329 Isa Gebir, *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley y sunna*
328 Sebastian Münster, *Cosmographiæ Universalis. Mapas y vistas urbanas*
327 Joaquim Rubió y Ors, *Manifiestos catalanistas. Prólogos de Lo gayter del Llobregat*
326 Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra en España*
325 François Bernier, *Viajes del Gran Mogol y de Cachemira*
324 Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del Globo*
323 Baronesa D'Aulnoy, *Viaje por España en 1679*
322 Hernando Colón, *Historia del almirante don Cristóbal Colón*
321 Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*
320 Rodrigo Zamorano, *El mundo y sus partes, y propiedades naturales de los cielos y elementos*
319 Manuel Azaña, *Sobre el Estatuto de Cataluña*
318 David Hume, *Historia de Inglaterra hasta el fin del reinado de Jacobo II* (4 tomos)
317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)*
316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo (Anti-Kautsky)*
314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano (artículos y discursos, 1930-1932)*
312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
311 Teofrasto, *Caracteres morales*
310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry (Selección de las miniaturas)*
309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum (selección de los grabados)*
307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg* (3 tomos)
301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia (2014-2018)*
299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra… (1793-1795)*
295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*
290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*
287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*

286 Miguel Serviá († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*
272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
269 Homero, *La Odisea*
268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*
266 *El orden público en las Cortes de 1936*
265 Homero, *La Ilíada*
264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
255 Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*
254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
253 *¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario* Ahora *del 16 de febrero de 1934*
252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
248 *Citas del Presidente Mao Tse-Tung (El Libro Rojo)*
247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania… en el año de 1546 y 1547.*
246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)
240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)

236 Platón, *Las Leyes*
235 Baltasar Gracián. *El Político Don Fernando el Católico*
234 León XIII, *Rerum Novarum*
233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguæ latinæ exercitatio*
231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
229 *Concilio III de Toledo*
228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
225 José Echegaray, *Recuerdos*
224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
221 *El Corán*
220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*
216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
215 *Textos de Historia de España*
214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón* (4 tomos)
200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o… de la guerra contra los indios.*
198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
194 Platón, *Critias o la Atlántida*
193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*
190 Tomás Moro, *Utopía*
189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
187 Cayo Veleyo Patérculo, *Historia Romana*

186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
179 Platón, *La república*
178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
176 Dante Alighieri, *La monarquía*
175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
173 Aristóteles, *La política*
172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico… hasta la época presente* (cuatro tomos)
157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
152 Luis Astrana Marín, *Gobernará Lerroux*
151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
148 José María Blanco White, *Autobiografía*
147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*

136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
135 *Códigos de Mesopotamia*
134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España.* Versión de Hinojosa
122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
114 *Crónica de San Juan de la Peña*
113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*

86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
82 Pomponio Mela, *Corografía*
81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
74 Egeria, *Itinerario*
73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
71 Roque Barcia, *La Federación Española*
70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus* (de *Al-Bayan al-Mughrib*)
68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
62 Conde de Romanones, *Notas de una vida (1868-1912)*
61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
51 *Historia Silense, también llamada legionense*
50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
48 *Anales Toledanos*
47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
46 George Borrow, *La Biblia en España*
45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
44 Charles Fourier, *El falansterio*
43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*

36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
33 Carlos V, *Memorias*
32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
29 Plutarco, *Vidas paralelas*
28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
21 *Crónica Cesaraugustana*
20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
18 Juan de Biclaro, *Crónica*
17 *Crónica de Sampiro*
16 *Crónica de Alfonso III*
15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
13 *Crónica Albeldense*
12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
6 Idacio, *Cronicón*
5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
4 *Ajbar Machmuâ*
3 *Liber Regum*
2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)